

M. MARTINEZ BARRIONUEVO.

EL BUQUE

DE

COMBATE

(NOVELA ESPAÑOLA)

TOMO I.

MADRID.

Librería de Fernando Fé.

2 - Carrera de San Jerónimo - 2.

1899.

DE VENTA
POR MAYOR Y MENOR
LIBRERIA
DE ANDRES BOTAS
VERGARA 10.
MEXICO.

LIBRERIA

MEXICO

COMPRAR

ANT

XIX

692

EL BUQUE DE COMBATE.

ES PROPIEDAD.

Mérida.—Tip. de Plano y Corchero.

R. 41.783



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

EL BUQUE
DE
COMBATE

1
T
162

(NOVELA ESPAÑOLA).

TOMO I.

MADRID.

Librería de Fernando Fé.
2.—Carrera de San Jerónimo.—2.
1899.

OBRAS DE MARTINEZ BARRIONUEVO.

	PESETAS
La Generala	3
La Quintañones	4
El Padre Eterno	4
Señores de Saldívar; dos tomos.	6
Juanela.	3
De pura sangre.	3'50
Venta de hijos	3'50
Misericordia	3
Filigrana	3
Guerras pasadas	3
Andaluza	3
El gran pecado.	3
Andalucía.—Edición monumental.—80 cuadernos á peseta	80
Barcelona pintoresca.—Edición monumental. (En publicación).	
Un libro funesto	1

EL DECÁLOGO.

Tomos á 1'50 ptas.

Amar á Dios.—No jurar.—Santificar las fiestas.—Honra padre y madre.—No matar.—No fornicar.—No hurtar.—El falso testimonio.—La mujer ajena.—Los bienes ajenos.

I.

La voluntad de Dios nos hizo salir del polvo para que disfrutásemos el interno goce de conocer á ese Dios por sus obras. Pero nadie hubiera podido decir convencidamente, que Daniel de Armental se deleitara en el profundo pensamiento cristiano, cuando subido en el enorme peñón que obstruía casi la senda, quedábase meditabundo ante aquel panorama, una de las más bellas creaciones divinas.

Era en el mes de Diciembre;

sin embargo, había bastante animación en Villa-Antonia. Villa-Antonia es un pequeño oasis, con paredes blancas, rodeado de árboles, medio oculto entre dos colinas y teniendo el mar á sus piés.

Explicábase la animación de Villa-Antonia; el clima de Medina-Jara, el más benigno del mundo, hacía que los señores Núñez de Hinojosa no se hubiesen instalado aún en su lujosa residencia de invierno de la ciudad. Por eso el lindo camino, bordeado de pitas y nopales, que serpentea desde Medina-Jara á Villa-Antonia, veíase siempre muy frecuentado por familias principales que buscaban el delicioso rincón de

las dos colinas y el trato amenísimo de sus dueños.

Los Núñez de Hinojosa vivían solos; no tenían hijos; pero á su mesa, en la ciudad ó en el campo, en Medina-Jara ó en Villa-Antonia, había siempre buén número de comensales. La fabulosa hacienda de los Núñez de Hijosa, permitía excesos más grandes aún.

Núñez de Hijosa, era un guapo mozo, conocedor del mundo, con mucha vista, como suele decirse, y de sano y leal consejo; Mary, su mujer, era blanca y rubia como un desbordamiento de luz, alegre, chispeante, pequeñita como un jazmín, pero alta en saber, mucho más alta que aquellos picos de los

montes que se confunden con las nubes. Jóvenes los dos, occurrentes, andaluces hasta la médula, impresionables, dadivosos sin saber cómo ni con quién, bién educados por último—y tal vez no comprendais vosotros lo que esto quiere decir, tratándose de señores de Medina-Jara,—no extrañará á nadie que siempre estuviera Villa-Antonia favorecida por gente discreta, y de tanto valer en lo tocante á linajuda, como en discreción y bién atestado meollo.

Vino todo eso, no solamente porque son detalles de substancia, sino para decir á seguida que ningún huésped de Villa-Antonia,

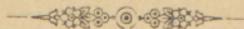
ni el más ínfimo ni el más discreto, ni el más animoso, había conseguido nunca mantener una conversación con Armental, y eso que Armental era allí huésped constante por no haber podido sustraerse á las instancias... á las exigencias mejor dicho, de don Juan Núñez de Hijosa. Este mismo señor, sugeto de altísimas prendas, amigo de Armental en la niñez, compañero de estudios en la juventud, hermano del alma, en fin, más que compañero y más que amigo, no era interlocutor suyo frecuentemente, por la condición de Armental, poco apropiado para el trato con sus semejantes.

Daniel de Armental no tenía parientes en Medina-Jara. Núñez de Hijosa era su única familia, el solo amigo que le amaba y le admiraba en aquel extraño pueblo, mitad moro, mitad inglés, donde Armental había nacido, donde se había criado, donde pasó su primera juventud, donde vivió, donde estudió, donde batalló por la vida y donde todos creíanle forastero.

Como no estuviese allá abajo, en el arsenal, entre aquel mundo de trabajadores, inspeccionándolo todo silenciosamente, se encaramaba en su roca, y allí, como la estatua de la meditación, solía quedar absorto en sus pensa-

mientos, aunque pareciese estático ante el panorama que tenía á sus piés, aquel panorama compuesto de colinas siempre verdes, salpicadas de caseríos de blancura destellante, principal, único ornamento interior y exterior de los caseríos andaluces; el mar á la izquierda con sus diminutas lanchas pescadoras de ligero velamen, deslizándose como trineos sobre las aguas inmóviles; al otro lado el inmenso valle donde la población se extiende en pintoresco y abigarrado conjunto, destacándose las torres con sus tejadillos de azulejos, las altas chimeneas de las ferrerías, las de la fábrica hullera, las de las de

tejidos, las del arsenal, con su grán séquito de palos de buques, y allá, más lejos todavía, en el fondo, arrancando desde la playa, la cordillera de montes, cuyos picos negros ó grises, agudos, desiguales siempre, ván extendiéndose en curva maravillosa, quedando la ciudad encerrada entre el agua y los montes, como una reina muerta á la orilla del mar y velada por un ejército de gigantes cogidos de la mano.



II

Nadie había conocido á Armental de otro modo. Cuando le era imposible aislarse en Villa-Antonia; cuando no podía prescindir de alternar en una discusión, porque se le aludiera directamente, decía cuatro palabras, encerrándose otra vez en su mutismo; pero aquellas palabras eran tan afables, tan oportunas, que nadie, á pesar de su huraño aspecto, llegó á tenerle ojeriza. Era taciturno, huraño si quereis, pero se le estimaba, se le respetaba, hasta solían bus-

carle disculpa en las grandes preocupaciones de su cerebro desabio...

De sabio, sí; tú, lector apreciadísimo, no tuviste hasta hoy noticias de ello; pero los huéspedes de don Juan Núñez de Hijosa lo sabían y estaban muy seguros. Daniel de Armental era un sabio; pero con su grán sabiduría y todo, disculpándosele, absolviéndosele, á los íntimos de Villa-Antonia les resultaba, sin embargo, el señor de Armental una extraña figura, encaramado en su roca, inmóvil, duro el ceño, con los ojos de mirada imponente fijos en Medina-Jara, al apuntar el sol, cuando aparecía la ciudad transparente como un vaso de cristal

finísimo; después, cuando el sol se ponía, presentándola como una bacante hermosa y soñolienta, ó de noche, en fin, perdida en el medroso fondo, y distinguiéndose de ella solamente el grán reflejo de sus millones de luces, como tremenda Isis que se oculta en los misterios de su propio esplendor.

Era un misántropo.

Su misantropía se prestaba muy bién á la irónica mordacidad de damiselas y petimetres, de los cuales solían abundar en Villa-Antonia; pero no fué así; admitíasele tal como era, no por atención solamente á los señores de la casa, sino por deferencia natural al propio sugeto. No, no clavaron

en él sus agudos picos de oro; dejábanle allí, sobre el peñón, contemplando la ciudad con ojos febriles, centelleantes; alguna vez habíanle sorprendido gesticulando, golpeándose la frente, como queriendo decir: «Más clara, más bella, más pura que la luz que ilumina esos espacios, es la luz que aquí arde; más noble, más fuerte, más acabado que todo eso que los ojos abarcan, es lo que aquí vive, lo que engendró mi cerebro con su potencia formidable... ¡Y el cerebro, el alma, el corazón, los pulmones, mi organismo entero se destroza y no puede brotar!»

Aunque lo pareciera ¿pensaba

efectivamente así? ¿Era un protervo?

Ningún observador hubiese sabido contestar á esta pregunta, es seguro. Mary, en cambio, hubiérase encogido de hombros, echándose á reir en las barbas mismas de quien se la hubiese hecho. Mary, la señora de la casa, era el rayo de sol que solía desgarrar la nube perenne de aquel carácter.

Mary, como su marido, amaba á Daniel fraternalmente; nada tan bello como la amistad de estos dos séres, radiantes de juventud y alegría, hacia aquel otro sér despegado, taciturno, como una sombra, en la conjunción esplén-

dida de aquellos dos corazones; era, no obstante, cuidado y mimado como un niño; había de una parte en los señores de Hijosa, la admiración profunda que se consagra al genio; de otra, el sentimiento piadoso que, sin poderlo evitar, nos inspiran esas almas solitarias, á las cuales contemplamos con cierta superstición desde el dorado escavel de nuestra dicha, temblando á la idea de tener que bajar los peldaños de luz para aproximarnos á ellos, por no ser infelices también, pero gozosos, contentísimos, de poder alargar la mano para que suban y se nos aproximen y disfruten la dicha con nosotros.

Había en esto algún egoísmo quizás, pero egoísmo disculpable. Mary lo decía riéndose: «Si hemos de identificarnos cristianamente con aquellos de nuestros semejantes que sufren, ¿no vale más y es más sencillo hacerles gozar con nosotros que no padecer nosotros con ellos?» Y para dar más consistencia á su teoría, una consistencia que era imposible destruir, hacía un gesto saludísimo y soltaba su risa de muchacho travieso, risa vibrante, como un río de oro que hacía resplandecer, más que la propia luz, los ámbitos de Villa-Antonia.

Cuando Mary se sentaba al piano, insensiblemente el ogro

iba aproximándose hasta quedar inmóvil muy cerca, escuchando en silencioso recogimiento. Había una ventana que daba al mar en aquel ángulo del salón; apoyábase en el alféizar, y allí permanecía estático oyendo á Mary y fija la vista en las aguas inmóviles; entonces aquella mirada fiera de sus ojos negrísimos iba perdiendo su resplandor de fiebre, suavizándose, endulzándose; Mary, al dejar de tocar, la sorprendió algunas veces, humedecida, como de gratitud, la gratitud del enfermo solitario, sin cura, al peregrino piadoso que refresca sus fáuces con agua cristalina; pero Mary se marchaba entonces sin hablar,

dejándole allí apoyado en el alféizar de la ventana del salón, aquel salón de paredes de cristales, rodeado exteriormente de frondosa arboleda y cubiertas casi en el interior con plantas rarísimas de los trópicos.

A nadie se le ocurrió jamás que pudiese existir una inteligencia pecaminosa entre la alegre Mary y el indómito sugeto... Y eso que Mary era bella como una flor, y Armental fuerte como una encina además de sabio, y sino hermoso como un Adonis, lo bastante al menos para volver el juicio á cualquier grán señora que no hubiese tenido que pensar en otro asunto de mayor urgencia.

Las relaciones del huésped y Mary, limpias de toda sombra, verdaderas relaciones fraternales, nada habían dado que decir; era lo más curioso que tampoco habían dado nada que pensar. Es que la maledicencia, en ocasiones, creyérase que no tiene dientes agudos, ponzoñosos, y que reposa como angel dormido... como hiena harta de carne, si quereis más gráfica la comparación.

Si no habían clavado los dientes venenosos hasta hundir las encías en la carne de honra de los dueños de la casa y el huésped, yo os lo digo, no fué por bondad de apreciación, no por miramientos inexplicables, no por

tributo leal que se rindiese á la virtud sin mancha; fué sin duda por figurarse lisa y llanamente que no podían tener espansiones pecaminosas una linda muñeca de porcelana, pequeñita y transparente, y un ogro sin la menor noción siquiera del sentido práctico del mundo, de un ogro que no hablaba, que no lloraba, que no jugaba, ni discutía, ni sentía, ni reía, siempre en su peñón, viendo visiones ó errante por cañadas y vericuetos, que también solía ocurrir, en lo más abrupto, en lo más intrincado, á solas con su dragón portentoso en las entrañas, sin poder salir del parto inconcebible, y sin que nadie pu-

diese penetrar el fondo de aquella naturaleza.

Mary no lo había intentado; tampoco era su temperamento el de la lucha; quizás por su misma movilidad de angelillo risueño; quizás por su misma flaqueza y aparente fragilidad de tallito de flor, habíase introducido sin quererlo en el alma de Armental, había logrado atraerse aquel espíritu rudo y viril en el más hondo y leal de los sentimientos, distrayéndole al principio, impresionándole después, conmoviéndole, en fin, contrabalanceando en algunas ocasiones, aunque por instantes brevísimos, las ideas que parecían ir siempre en su ce-

rebro en tropel, á una, como legión que se precipita con el firme propósito de llegar al pie de una torre, escalar el muro, rebasarlo, vencer y hacerse dueña y señora absoluta.



III

Pero la indulgencia, nada tiene que ver con la curiosidad, ese otro pecado que no está entre los capitales, siendo más capital que ninguno. ¡Ah, cuantas veces, hallárase Armental en la punta de la roca, estuviese en lo más intrincado del bosque, ó en la ventana del salón, en fin, había sido objeto de tenaz y oculta vigilancia, por parte de los curiosos importunos! ¡Pretendieron inútilmente descender al abismo de aquel alma misteriosa!

En cambio Mary lo consiguió impensadamente. Sin esfuerzo alguno, sin jactancias, sin calenturientas investigaciones, consiguió estudiar al huésped de su marido más pronto y mejor que nadie. De conocerle bien daba pruebas por lo menos, al decir á quien quería oirla, que era Armental una pobre criatura; es del caso advertirlo: Mary, la linda, la risueña, la diminuta Mary, decía eso de un modo, dilatando su carrilla llena y sonrosada, aventando la naricita y arqueando tan particularmente sus labios dulcísimos y picarescos, que la persona que la escuchaba no sentía la conmiseración que solemos sentir por

los séres á quienes así se califican; por el contrario, experimentaban un deseo más vivo aún, inaguantable ya, de penetrar en aquel hombre, fortaleza indestructible, misteriosa para todo el mundo, en la que nadie podía entrar como no fuese Mary, porque Mary era un rayo de sol, y el sol penetra por cualquier resquicio.

A decir que era Armental una pobre criatura, se limitaba Mary, hablando con unos y con otros; pero solía poner á su grán amiga la señora de Trueba, particularmente, en ciertos detalles curiosísimos, tan curiosos, que sin quererlo *el rayo de sol*, sin quererlo tal vez la señora de Trueba,

iban metiendo á esta señora en una muy grande curiosidad.

La señora de Trueba habitaba un grán edificio de ladrillos rojos en el centro de la población, á la orilla izquierda del Guadalvo. El Guadalvo, lo sabreis ahora que viene á punto, es un río que atraviesa á Medina-Jara para desembocar en el mar; un río seco siempre, que se hincha de pronto, cuando menos se espera, descien- de con empuje formidable de las montañas vecinas, atraviesa la ciudad como ya dije, derrumba edificios, ahoga á tal ó cual infelíz, más bién á varios que á uno solo, se mete en el mar, dejando en sus aguas azules un ancho cír-

culo rojo, como mancha de sangre, queda otra vez el lecho del río seco, y todo el mundo tranquilo, sin memoria, sin entendimiento, sin voluntad, porque en Medina-Jara carecen de las tres potencias, hasta que el río lo invade todo de nuevo, presentándose á traición, como un infame, para matar y destruir.

Al hablar del Guadalvo hay que hablar de la señora de Trueba; son dos nombres que se enlazan fatalmente en esta historia, al modo que las cifras de los amantes platónicos se vén grabadas en la corteza de los árboles. Le gustaba á la señora de Trueba vivir allí, en la misma rivera del

Guadalvo, *el grán enemigo*, como ella le llamaba. En los días tempestuosos, al deslizarse la corriente con ronco estrépito, haciendo voltear sus montes de agua de color de sangre, como para entrar más pronto en el mar á ofrecerle su tributo de ahogados, sentía la señora de Trueba fruición deleitosa en apoyarse de codos en el barandal de su balcón y permanecer allí, con las manos en las mejillas, y los ojos, negros como la noche y serenos como las estrellas, fijos en el agua rugiente, hasta creer por un fenómeno explicable que el río deteníase de pronto, y que era ella, el balcón, la casa, la calle, los que se iban

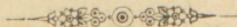
deslizando entonces hacia el mar siniestramente, en vertiginoso silencio, dejando atrás las aguas inmóviles, vencidas.

¡Oh, señora de Trueba!... ¡Oh tipo singularísimo, tipo histórico, tipo grandilocuente de mujer! Yo quisiera dejar reflejada aquí la imagen fidelísima de tu ser moral; eso es lo difícil, que tu sér físico pronto se reflejaría con señalar en dos toques la silueta de tu cuerpo soberano, y entrando en detalles de seguida, comenzar por las soberbias caderas, colocadas magistralmente, como debió colocar Dios el primer bloque para sostener el mundo; que eran un mundo, sí, un mundo como

obra al fin de Dios, aquel pecho, aquella espalda, aquellos hombros, y sobre aquellos hombros la cabeza indómita de pelo negro, que chispeaba á la luz en ráfagas azuladas; de pelo negro, anillado, abultado, torcido, recogido, puesto de cualquier modo sobre la testa poderosa como cadenas de reservas, dobladas, colgadas; porque viendo á esta grán figura, en la primera impresión pensábase solamente en el *poder absoluto*, y presentíase al esclavo en todo aquel que la rodease, varón ó hembra, grande ó pequeño, aunque ella lo comprendiese y lo lamentara tal vez y pretendiera

contrarestarlo con una jovialidad plácida, con un trato exquisito, con una sonrisa de bondad perenne; habría que concluir el vigoroso dibujo señalando una frente combada con violencia, una frente hecha para hombre, amoldada allí con esfuerzo, truncándose de pronto junto á las sienes, que quedaban un tanto deprimidas en aquel acoplamiento forzadísimo; la boca después, ancha, fresca, roja, palpitante; los dientes firmes, de igualdad asombrosa, de blancura extraordinaria; la nariz incorrecta, en fin, pero el conjunto agradabilísimo, y los ojos, para coronación y remate, ojos que trabajosamente ocultan

su expresión, su poder, su fuerza, su dominio, entre una mirada dulce y profunda; ojos magníficos, formidables, ojos fieros, que hablan, que ríen, que rugen, que se entregan, que luchan, que blasfeman, que mueren, pero que no saben llorar. ¿Necesitaré decir que eran unos ojos negros?



IV

¡Oh, señora de Truebal, pronto, bién pronto, tu sér físico quedaría reflejado si me pusiese á ello, aunque ya con lo que dije baste quizás y aun sobre, y hasta se desprenda algo de tu sér moral también; pero yo me conformo á continuar la historia sin más intento; el sabio lector te comprenderá, aunque no sin asombro, por lo que de tí se desprenda en la lectura, mucho mejor que por lo que yo de tí diga. Y sin

hablar más de ello, haré una reflexión ahora.

Al oír á Mary las apreciaciones que de Armental hacía, ¿entrevió tal vez en lontananza la señora de Trueba, en uno de esos sueños terribles que parecen realidades, algo así como los montes de agua del río, volteando espantosamente? ¿Confundió al hombre y al río como dos gigantes que luchan abrazados y ruedan así hasta el mar para estrellarse contra los espigones y hundirse después en lo profundo? ¡Imponente y grán espectáculo! Hubiera podido pensar en él la señora de Trueba, oyendo hablar á Mary y acordándose de aquel hombre alto, vigo-

roso, de pecho saliente y musculatura poderosa, de ojos grandes, negros, febriles, de piel tostada, barba crespa, pómulos agudos, cabeza de fiera, en fín, suavizada toda, iluminada, endulzada por la frente majestuosa del pensador.

Una tibia noche, ya tarde, cuando todos se habían retirado á descansar, la señora de Trueba y Mary hablaban del ogro; hallábanse junto al piano, en la ventana del pabellón que caía al mar, aquel mar de superficie lisa y transparente como el suelo de cristal de una fantástica iglesia, grande, tan grande, que hallándonos en su centro, no alcanzarán los ojos á ver sus muros.

Mary lo dijo aquella noche terminantemente; se tenía de Armental una idea errónea; creían que Armental era un hombre tosco y despreocupado, no siendo así; precisamente, según Mary, el defecto de Armental era preocuparse demasiado de las cosas, hasta el punto tal vez de darlas importancia que no tenían y hacer un monte de un grano de arena, que si no una, otra vez, pudiese caer sobre su cabeza y aplastársela. Por aquel motivo Armental nunca estaría bien con los hombres ni con Dios.

Algo dijo Mary de la gran preocupación de la vida de este hombre; pero voluble, distraída

quizás ó intencionada, se interrumpió de pronto para pasar á otro punto, aunque la variación fuese sobre el mismo tema. Lo más admirable que había en Armental, debajo de todo aquel parapeto de brusquedad huraña, era su grán sentimiento artístico; teníase en Armental, por lo tanto, un furioso admirador de la belleza en todas sus manifestaciones. —Mary, la siluetilla de muñeca á medio confeccionar, hizo un gesto delicioso al hablar así.— Naturalmente, la música era su pasión. ¡Ah!, por eso, por eso, Armental había intimado con Mary y se sometió á ella, hasta cierto punto, como niño indócil que

aplaca su enojo con el halago más tentador que le puedan hacer; porque la oía con frecuencia ejecutar la música de los afamados maestros.

Ya os lo dije; el piano estaba próximo; maquinalmente, pasó la señora de Trueba los dedos por el teclado sin dejar de oír á Mary, con la cabeza inclinada, los ojos fijos, centelleantes, la nariz dilatada, como gladiador esperando la señal de acometida.

No se sabe si era su intención ocultar aquellas sensaciones; Mary, por lo pronto, no las sorprendió, ni las presintió siquiera, embebida en su discurso, que sazónaba inesperadamente, de

vez en cuando, con alguna interrupción cómica, como si se extrañase ella misma de la seriedad de sus juicios. «Pero no, ella no podía dejar más tiempo á su amiga entrañable en la opinión errónea que de Armental había formado.

La señora de Trueba murmuró algunas frases sin mirarla; Mary las adivinó más bién que oirlas; las había murmurado como si hablase consigo misma; el rumor de las notas, que iba creciendo, porque la señora de Trueba no concluyó de pasar sus dedos por el teclado, impidió también á Mary oir claramente: «No me dijiste hasta hoy nada de eso.» Así ha-

bía hablado la señora de Trueba y así lo había entendido Mary; pero el murmullo de aquellas frases resonó en los oídos de Mary de un modo extraño; la impresión que le produjo, no lo que oyó, sino el tono con que fué dicho, detúvola de repente en su discurso y miró á su amiga entonces con insistencia; en aquella insistencia creyérase que había un viso de desconfianza y temor.

La señora de Trueba seguía tocando maquinalmente; todas las sensaciones que revelaron su semblante y sus ojos habían desaparecido; solo veíase en aquella cabeza de reina una placidez y serenidad armoniosas. Mary suspiró de sa-

tisfacción, después de haber escudriñado con inquietud aquel rostro enérgico de nobles y hermosos rasgos, y habló así:

—Es verdad; nada de eso dije, porque pensé que Armental te sería indiferente, pero temo que le juzgues mal y hasta que le aborrezcas, tú, que no eres capaz de aborrecer á nadie, por un juicio torpemente formado; justicia ante todo; Armental no es acreedor á eso; es nuestro huésped además, nuestro amigo, tú eres mi amiga única, mi hermana más que mi amiga, y no quiero que esteis en esa actitud, hasta el punto de no haberse cruzado entre vosotros una palabra desde que

os conoceis, por antipatías inexplicables, para mí á lo menos.

—Bah, dijo la señora de Trueba, sonriendo; es que tu ogro es inabordable, feroz, insufrible.— Y produjo de repente una extraña armonía.

—No, repuso Mary de una manera profunda; es que yo cierto día cometí una ligereza, tratándose de tí; es que Armental aquel día tuvo una distracción, consecuencia de aquello, lo que en él no puede extrañarse, y temo siempre, que no hayas perdonado la distracción de Armental ni la ligereza mía.

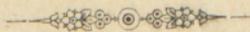
La señora de Trueba se echó á reir bondadosamente; como abs-

traida, sin pensarlo, sentóse al fin, delante del soberbio *Erad*, y siguió rozando con sus dedos finísimos las teclas. «—¡Cuánto tiempo hacía que no tocaba!» Solo dijo eso: Mary dejó de hablar; desbordábanse las notas en tropel por los ventanales entreabiertos, perdiéndose en los espacios, ó hundiéndose en los abismos, lentas como la oración, sutiles como risas, estallantes como besos... Eran quejas pavorosas, gritos formidables de lucha; hasta hubiérase creído, al ver los relámpagos de inspiración que vibraban en los ojos de la señora de Trueba, al ver sus manos nerviosas y pálidas golpeando el teclado, al ver

su hermosísima boca contraída con expresión de fiereza y bravura, que estaba pensando febrilmente, para inspirarse, en las trombas gigantescas del Guadaluvo, al voltear en espantosos remolinos ornamentados de lívidas espumas, con el ronco estrépito de una legión formidable de monstruos que ván á sepultarse en las olas.

¿Fué intencionado lo que hizo la señora de Trueba? ¿Envolvía algún pensamiento oculto? ¡Enigma misterioso que no pudo descifrar Mary hasta mucho después! Como si aquellos mundos de armonías que poblaron los espacios en la calma dulce de la noche

hubieran sido invocación solemne, una figura silenciosa como un espectro se dibujó de pronto en la puerta del salón y avanzó luego con lentitud hasta llegar á la ventana. Era Armental.



La señora de Trueba y Armental se conocían, pero puede decirse, no se hablaron nunca; apenas si se cruzó entre ellos algún saludo, aunque la señora de Trueba era íntima de la casa y quedábase en ella con Mary muchos días, y aunque Armental era huésped constante. Si ya no lo supiérais, comprenderíais con ese dato solo hasta qué punto era verdad la idea que se tenía de la insociabilidad del amigo de Núñez de Hijosa. Pero hay que descontar

en esta ocasión, según lo que Mary dió á entender, cierto dato de historia antigua; bién pudo influir este dato en la actitud reservada de los dos personajes, ó de la señora de Trueba á lo menos.

Sea como fuere, la señora de Trueba halló aquella noche que Armental parecía sugeto muy sociable. Sin timidez, sin turbación, con una seriedad que no intimidaba tampoco, la felicitó por su grán talento artístico. Mary, por su parte, dió una prueba de grán corazón; no tuvo celos, aunque la señora de Trueba la había desbancado; la señora de Trueba fué digna de Mary; no se mostró or-



gullosa de su triunfo; sonreía tranquilamente. Habíase puesto de pie, dando la espalda á la luz única que en el salón ardía; el rostro apenas distinguíase; la hermosa figura se recortaba enérgicamente en el ángulo del salón, la ancha cadera, el noble busto, la cabeza altiva sobre los hombros, como de quien puede con sus pensamientos y sabe por lo mismo llevar la vida sin cansancio y sin ligereza, en equilibrio sorprendente.

La señora de Trueba guardó silencio después de modestas y dignas frases. Armental tampoco habló; Mary, en cambio, lo hizo por uno y por otro: «La señora

de Trueba había alcanzado celebridad muy grande en Medina-Jara, no solo por su pasión á la música, sino por su arte divino para interpretar á los autores antiguos y modernos.» Y la reñía á la vez; la acusaba del poco gusto que halló siempre en que la oyeran sus admiradores. «No tocaba nunca; lo de aquella noche había sido un milagro verdadero.» La señora de Trueba reía-se bondadosamente; lo afirmaba al reir; «era solo una madre de familia»; parecía gozar extraordinariamente al repetirlo; «no estaba ya para exhibiciones de muchacha casadera.» Hablando así, miraba á Armental con mucha aten-

ción; era una mirada que Armental sentía sin verla; una mirada tenáz, profunda, observadora; ya lo he dicho: el rostro de la señora de Trueba no se veía; quedábase en la sombra; al de Armental iluminábalo de perfil la luz misma que á la señora de Trueba iluminaba de espaldas, haciendo brillar sus cabellos, de intensa negrura, hasta parecer azulados. Siempre lo recordó Armental; hubo otro instante de silencio después de haber hablado la señora de Trueba, pausa en que los tres personajes parecieron mudos. Solo escuchábanse los rumores vagos del mar, que había parecido silencioso también hasta entonces; la brisa

húmeda pasaba discretamente rozando las flores, cuyas hojas brillaban alguna vez salpicadas de espuma. Interrumpido después aquel silencio por Mary hablóse ya largamente. Mary quedó muy satisfecha; conseguía su propósito de unir en apacible lazo aquellos dos amigos á quienes amaba sinceramente; aquellas dos inteligencias superiores. Lo que pensaría Armental de la Sra. de Trueba no se sabe con datos absolutos, pero fué la Sra. de Trueba, desde aquella noche, otra Mary para él, y formaron los tres en Villa-Antonia un triunvirato misterioso.

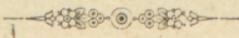
Hay que decirlo: Mary era risueña, espontánea, adorablemen-

te frívola; sabía comprender un sentimiento, que es tanto, acaso, ó más todavía, que poder sentirlo, pero le era imposible prestarle acogida por algunas horas; ésta, al menos, era la opinión de algunos sabios señores, aunque ya sabreis que también los sabios dejan de acertar con frecuencia. En la señora de Trueba había otra constitución, otro organismo; el carácter de la señora de Trueba se amoldaba mucho mejor al de Armental; ésta no era ya opinión de aquellos señores sabios, cuya ciencia, algún exigente podía poner en duda; era opinión de Armental; esto es, de un sabio verdadero.

Aunque hablaban los tres frecuentemente, puede afirmarse: lo que Mary hacía era estar allí, *pertenecer* al grupo cuando la señora de Trueba y Armental hablaban. Bien pronto, sin que lo advirtiesen éstos, sin advertirlo Mary tampoco, no fué ya necesaria su presencia; el triunvirato se deshizo, sin que ninguno de los tres pudiese decir la causa. Mary no perdió por eso el amor de Armental; por Mary como por Núñez de Hijosa sentía Armental un verdadero culto; era de esos amores en calma que nunca mueren; había en el fondo de aquel amor esa ternura conmovedora de los gigantes hacia los

niños. Dicen que las flores sienten, piensan, sufren, son celosas... celos conmovedores, quinta esencia del sentimentalismo; organismo de flor, Mary amaba conmovedoramente también, todo cuanto á su alrededor alentara y viviera, y esta no es ya opinión de sabios dudosos ó sabios verdaderos, sino del autor que lo sabe y lo afirma; pero si es verdad que las flores son celosas, en eso solo dejaba Mary de parecerse á ellas. Había triunfado, los había unido; eso pensaba solamenté; al menos no se aborrecerían; no se le ocurrió que aquella amistad pudiese tener consecuencias terribles para uno ú otro de sus dos amigos;

era demasiado pura para pensar así; de haberlo pensado, hubiérase encogido de hombros; Mary lo sabía; se respetaban los dos lo bastante para dar lugar á tener que arrepentirse de cualquiera de sus actos; pero ¿los conocía bién?



VI

Mary notificó el suceso oportunamente á su marido; Núñez de Hijosa se alegró mucho; la señora de Trueba tuvo ocasión entonces de conocer algo de la vida de Armental. Un día habló Núñez de Hijosa largamente de su amigo; hallaba singular complacencia en extenderse en aquellos detalles. La señora de Trueba oíale atenta, fija, como si cada palabra de Núñez de Hijosa fuese un dato de interés profundo.

«Armental había salido de la nada, de una familia muy modesta; vivió de milagro, creció sin ayuda de nadie, por su propio esfuerzo, como esas plantas misteriosas que crecen sin agua, sin sol, firmes, bellísimas, por condición propia, como si al germinar llevasen ya en sí potente, nutritiva savia para todo el curso de su carrera.

«Criado entre los suyos, sin ser comprendido, é impidiéndole su orgulloso carácter hacer nada tampoco porque se le comprendiera, pasó su primera juventud concentrado en sí mismo, sin expansión alguna, ni la de su madre tampoco, porque su madre, con

alma de seguro para sentirlas, carecía desde luego de ilustración suficiente para adivinarlas y comprenderlas.

«Luego, independiente ya, siguió por hábito,—por recelo sin duda más que por hábito,—en aquella concentración de sí mismo, prisionero voluntariamente en su cárcel, que él, sin fuerzas para destruir, iba estrechando siempre con la triste labor de su idea. Poco amigo de conversaciones frívolas, era difícil que brillase en sociedad, y carecía la sociedad por esta causa de alicientes para él; contrariado desde que tuvo uso de razón en todas sus aspiraciones por una madre hon-

radísima, pero severa é ignorante, le fué preciso ocultarlas, pero tan sabiamente, que se las ocultó también á sí mismo. Después, cuando empezó la lucha por la vida, su alma viril sintióse asombrada al entrever las aspiraciones inmensas en que de buena fe creía no haber pensado nunca. Silencioso siempre, por su certidumbre de que la lengua es el mayor enemigo del hombre, no supo ó no quiso sumar voluntades y simpatías que le ayudaran en su carrera; fué por esto la lucha más fuerte, pero se levantó por su propio mérito; se impuso por la misma fuerza de su saber, con un desprecio profundo para los que es-

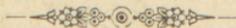
taban debajo y se habían dejado aplastar para que él subiese, y más profundo todavía para los que estaban más alto, solo por el hecho de estarlo; no valía la pena de pensar en nadie generosamente, porque no había generosidad ni virtud, pero resaltaba más dolor que convicción en este juicio. Los Núñez de Hijosa eran para él la excepción; aquellas dos figuras estaban descontadas; no vivían en el mundo; vivían en su corazón con él.

«Sin recursos, sin ayuda, ahogado en la garra del amor maternal, aquel amor ciego que no hizo por el Dios de su culto otra cosa que adorarlo, se lanzó como un

loco al torbellino; cuando se vió libre por la muerte de su madre, estudió y trabajó entonces con todas sus sorprendentes energías; espíritu fuerte, sobrio por naturaleza, no se degradó en la lucha; fué cruel quizás con el vencido, pero combatió siempre con armas y corazón lealísimos; había en su sangre una levadura de honra, que hacía masa noble de todo lo impuro que en él alentara y viviera, eso pestilente y corrosivo de que es imposible que se sustraiga un cuerpo por ileso que resulte en el combate por la vida y del que solo se pueden defender organizaciones privilegiadas. Estudiando ya según sus inclinacio-

nes, hizo rápidos progresos, sin hablar, silencioso, huraño siempre; sus libros eran su amante, su familia, su patria. Fué ingeniero naval, ingresó en la Armada, hizo su nombre célebre, llegó á adquirir un alto empleo por sus grandes servicios, en la más bella edad del hombre, cuando no tenía cuarenta años aún, hallándose entero, viril, curtido, robustecido en la lucha y dejando ver todas sus fuerzas, todas sus sorprendentes energías en la mirada centelleante de sus ojos negros, febriles, con ese poder avasallador que pone el vulgo en los ojos de los encantadores de serpientes.» Los ojos de Armental, y esto no lo

decía ya Núñez de Hijosa, aunque lo pensase, solo podían encontrar en el mundo, como hermanos ó como enemigos, hasta morir, los ojos de la señora de Trueba con su poder misterioso, aquel poder guardado por una poderosa voluntad en la urna de piedra oculta con los tres velos echados siempre, de una serena castidad, de una indulgente mansedumbre y de una luz eterna y radiosa.



VII

Era un sabio: sus invenciones, aplicadas al perfeccionamiento de la arquitectura naval, diéronle honores y fama muy merecida. ¡Contraste singularísimo! Este hombre, matemático consumado, positivista, duro, de acero y hierro, como aquellos buques mónicos que crecían bajo su mirada fogosa, en manos de miles de obreros que pululaban alrededor como los liliputienses alrededor de Gulliver, arrojándole sus flechas, este hombre hacía versos

de una fluidez y un encanto sin igual; versos maravillosos, con los que embelesaba á la multitud, como el encantador á la fiera; versos que hacían á Mary humedecer los ojos de ternura con su dulce sinceridad; versos que hacían estremecer con sacudidas nerviosas á la señora de Trueba, cual si sintiese al leerlos fragor de lucha y olor de sangre, sangre que se precipitara volteando en gigantescos remolinos con la ronca furia de aquellas legiones de colosos que iban en tropel á sepultarse en las olas.

Fué en el teatro donde tuvo más ocasiones de lucir su genio poderoso; su alma templada en la

lucha, su conocimiento del mundo y de los hombres cuyas miserias había tenido que ver, cuyas envidias había tenido que sentir, cuyas rabias había tenido que domar al subir á la cúspide donde se encontraba, fueron materia que su musa valiente encontró á mano para sus formidables creaciones.

Pero no sigo en ese tema y vuelvo á donde conviene; algo se me figura que adelanté el discurso y quiero retroceder, aunque sea un poco, para daros cuenta de cosas curiosísimas: después de aquella noche inolvidable para Armental, en que acudió á la invocación de la señora de Trueba,

cuando encontró á esta señora por vez primera en la calle, sola, sonriéndole plácidamente y tendiéndole la mano con ademán noble, estuvo á punto de huir de aquella hermosísima visión. ¡Pensó por un segundo que es de mujer hermosa la figura que suele tomar el diablo para salir airoso de sus empeños!

Aparte de su hermosura, tenía la señora de Trueba un aire tan noble, era tan grande su fuerza de atracción, que Armental, en vez de huir, la contempló conmovido, estrechando la mano que ella le tendía; fué la primera vez que sus palabras cruzáronse sin que Mary les oyese.

Hubo un momento en que Armental creyó entrever en aquellas facciones acentuadas de nobleza sin igual, un leve tinte de ironía, que le hizo replegarse, como fiera recelosa que se echa para atrás, por el instinto del peligro, en la boca de su cubil. Se avergonzó de haber experimentado aquel sentimiento, pero fué después de clavar sobre la señora de Trueba sus ojos avasalladores, ardientes, inquisitoriales, como clavaríamos una bién templada hoja sobre dura plancha para probar su espesor y consistencia. Nunca pensamiento de sabio pudo analizar con precisión semejante, las más hondas, las más ocul-

tas fibras del corazón de una mujer; hundió su escalpelo en el corazón, en las entrañas, en los pulmones; cuando la despedazó... cuando la analizó toda con implacable frialdad de sabio—él así lo creía,—cuando entró en su cerebro y estudió partícula por partícula con precisión aterradora, todo cuanto aquel cerebro encerraba, halló en resumen, lo que no pudo sorprenderle, lo que esperaba, lo que creía, lo que quería, lo que había oído decir aquella noche memorable á la señora de Trueba: Halló una madre de familia.

Hablaba ella detrás de sus tres velos, de los cuales el sabio, el

pensador, el filósofo, no había podido, con su análisis profundo, presentir la existencia siquiera; hablaba con tranquila medida, con sencillez, sin rebuscar la frase; tenía un lente particularísimo hecho por ella misma para ver el mundo con el más bello de los optimismos; lo confesaba algunas veces: si no le parecía el mundo encantador, era muy pasable á lo menos. Armental iba entregándose insensiblemente al original encanto de aquel lenguaje, en el que fué dejándole entrever la señora de Trueba un juicio sano y firme. Era aquel un encanto que no halló jamás en ninguna mujer, si bien es cierto que tampoco

había tenido muchas ocasiones de habérselas frente á frente con el delicioso y temible monstruo.

Se sintió atraído, sugestionado, preso en aquella red invisible que la señora de Trueba le tendía dentro de su alma, á él solo, que él solo veía, que solo para él habíase tejido, en la que él solo tenía deseos de caer y la que ella tendía para que él solo se arroja-se. Así resultaba á lo menos de las *hondas* reflexiones del filósofo y el pensador, que no eran ciertamente de pensador ni de filósofo, sino de poeta cuando más; ¡solamente de poeta!

Vuelvo á decir que se deshizo

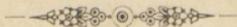
el triunvirato; pero se deshizo sin alarma ni celos por parte de Mary; sin molestias ni turbaciones por parte de Armental y la señora de Trueba. A gloria repicaron en el corazón de Armental aquel día, en que abrió su alma, para que entrase en ella en grandes oleadas el sol espléndido de Diciembre, aquel sol que caía sobre las aguas temblorosas del mar, como fina gasa de oro, que se pliega y repliega ligeramente, deslumbrando la vista á cada ligera ondulación.

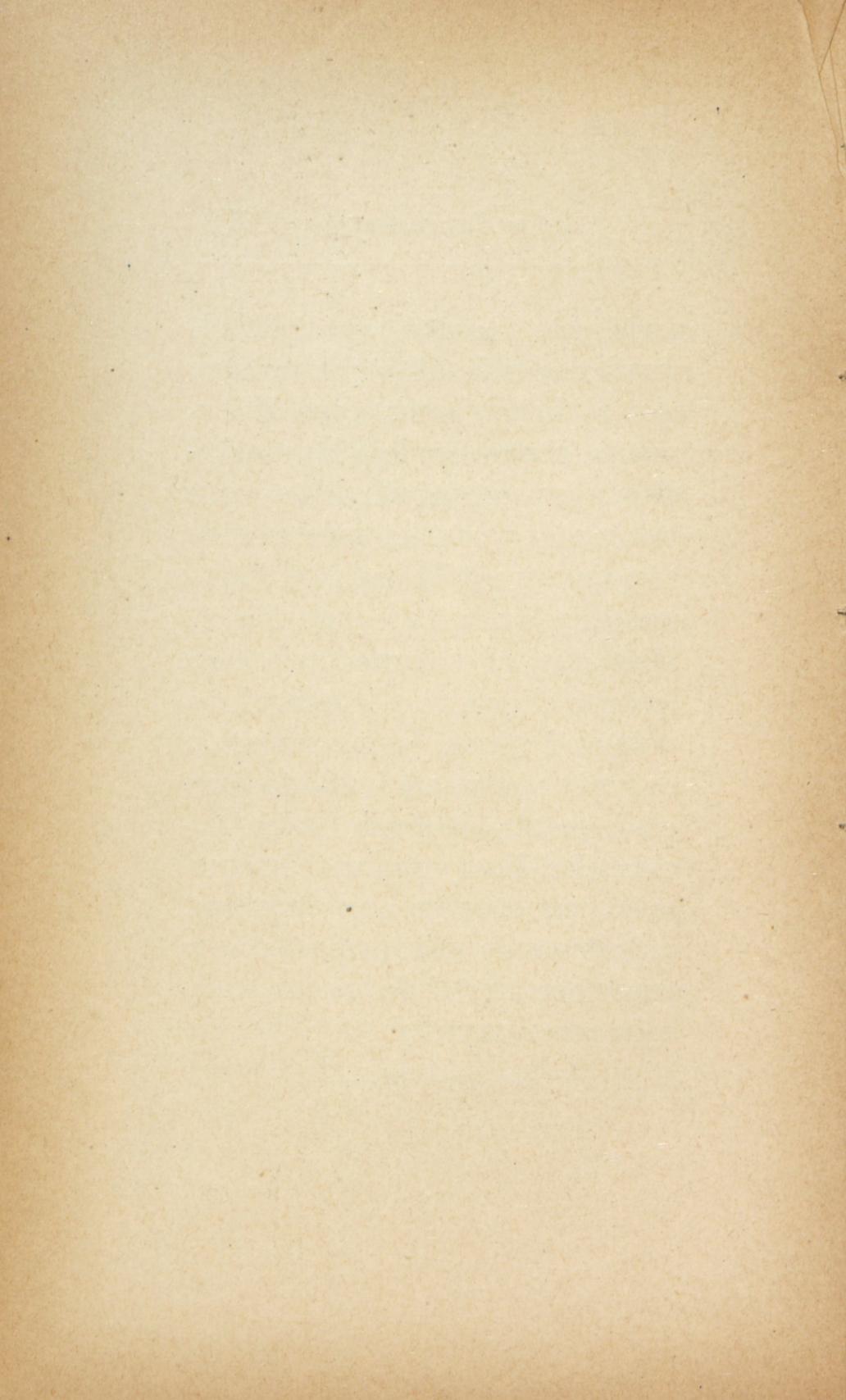
Abrió su alma de par en par á la bondadosa mujer; fué ella su primero, su único confidente; le habló de los grandes sufrimientos

de su infancia, de la espantosa lucha de su juventud, de sus aspiraciones, de sus proyectos colosales, del grán problema, en fín, de su vida. La señora de Trueba fué adelantando con precaución hasta que pudo asomarse al alma del hombre y ver su fondo, como nos asomaríamos con palpitante curiosidad á la boca de un abismo, desde cuyo fondo inconcebible llegaran á nuestros oídos los roncós hervores del torrente.

Hizo Armental su confesión, y la señora de Trueba le escuchaba con blando reposo, esa noble dulzura con que oye la mujer las querellas de un niño. ¡Cosa extraña! ¡En fuerza de ser grande,

tenía este hombre, en realidad, puerilidades de niño! El hombre que se había hecho paso altivamente aborreciendo á las muchedumbres, despreciándolas, con una energía mucho más grande aún que su inteligencia, el hombre duro como el granito, sin otro Dios que su voluntad, sin otra ley que el capricho de esa misma voluntad, tenía la preocupación de creer que no era bastante apreciado en el país donde había nacido. ¡Infelices grandes hombres, más pequeños en sus flaquezas, infinitamente más pequeños que cualquier mortal de los que andamos por el mundo!





VIII

De un carácter así era de esperar una confesión explícita, franca, con todas las monstruosidades y los candores de aquel corazón, mitad de fiera, mitad de niño. Al oír su confesión, la señora de Trueba estuvo admirable por su bondad y buen consejo; pero Armental quedó confuso, ¿por qué no decirlo?; había en su confusión algo de duda; fué una sospecha muy vaga nada más, menos que el principio de una sospecha, pe-

ro sintió el escozor de la herida; parecióle que la señora de Trueba permanecía silenciosa instantes brevísimos, sin serle posible ocultar enteramente, no sabía Armental qué extraño estupor, que adivinaba en su rostro sorprendido.

Pero distrájole de estas emociones la misma señora, despidiéndose de él; estaban en el salón de Villa-Antonia. La señora de Trueba iba á su casa; Armental no se atrevió á interrogarla sobre su vuelta; la vió partir y quedó admirándola con un bienestar inquieto y delicioso; lo observó en aquel instante: hasta entonces no había visto la apos-

tura majestuosa de esta mujer, su ademán regio, su belleza magnífica y serena; solo había tenido tiempo desde aquella noche que recordareis, para fijarse en su ilustración esmeradísima, en su talento sutil y su cara radiosa de mujer leal.

Aquel mismo día se marchó con sus hijos. Desde entonces vieron al ogro con más frecuencia encaramado en su roca, como si contemplara con afán inextinguible aquel espectáculo grandioso del mar inmóvil, la población extendida á la derecha como un inmenso trozo de encaje gris de maravilloso dibujo, el cementerio más allá con sus jardines magní-

ficos, y sus nichos, sus fosas, sus mausoleos brillantes, semejando á grán distancia casitas microscópicas de una ciudad liliputiense, arrullada por el mar, bañada por el sol y perfumada por las flores y los árboles olorosos; las altas chimeneas de las fábricas, descollando siempre sobre los tejados y las torres como cirios inmensos que acabasen de apagar, con sus penachos de humo, doblándose dulcemente en dirección de la brisa, y las otras chimeneas cuadrangulares, achatadas, de cuyas bocas monstruosas surgen enormes lenguas de fuego constantemente, pareciendo en las oscuras noches fantásticas hogueras man-

tenidas por negras vírgenes, en holocausto de algún Dios formidable, cuyo alcázar escondiérase debajo de aquellas rocas de los espigones, azotadas siempre por el mar.

Pero en nada de eso ponía él los ojos; nadie lo pudo observar, ni los más curiosos, ni los más discretos, ni la misma Mary; donde primero ponía los ojos distraídamente era en el arsenal, con sus miles de obreros—pululando como hormigas alrededor del grán buque,—con sus tejadillos de zinc y sus viejos barcos, insertibles, enclavados en la arena; después corría la mirada por encima del gigantesco muro de conten-

ción, que defendía al arsenal de las formidables avenidas del Guadalvo, desviándolas á la derecha; deslizábase por aquella ancha planicie de la boca del Guadalvo, llena de chozajos y casucos que parecen puestos allí á propósito para que el río los escupa y el mar los trague; y más adentro del Guadalvo, arenoso y lleno de riscos que arrastraron las grandes avenidas, clavábase la mirada, inquieta ya y febril, en una casa de dos cuerpos, construida de ladrillos rojos; la casa rodeábase de un jardín frondosísimo, el jardín de una verja pintada de verde, cuyos hierros concluían en agudas hojas de lanzas; la verja enclavábase

en un pretil de piedra tosca, y todo esto, la casa, el jardín, la verja, erguía-se sobre un promontorio de rocas escuetas, descarnadas en su base por los bajos que hicieron las aguas de los montes al precipitarse en el mar. Era la casa de la señora de Trueba.

Presentábase la señora de Trueba en Villa-Antonia cada tres ó cuatro días, con intención siempre de volver á Medina-Jara á las pocas horas; Armental no solía encontrarse allí; en el hueco del día, que era cuando la señora de Trueba presentábase, estaba Armental en el astillero. Aunque ella tuviese intención de volver á Medina-Jara pronto, Mary sabía

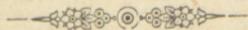
retenerla y hacer después que pernoctara en Villa-Antonia, y hasta que permaneciese algunos días, antes de regresar á la casa de ladrillos rojos de la orilla del Guadalvo.

No era, por lo que se vé, un invitado más; era de la casa y pasaba en ella grán parte del tiempo. Esta señora era madre de dos niñas de cuatro y cinco años respectivamente; para cuidar de estos dos hijos tenía camareros, ayas, institutrices á granel, aunque parezca exagerado lo que os digo; esto le daba mucha libertad para sus visitas y otras honestas distracciones; pero no era madre de las que confían sus hi-

jos ciegamente á los cuidados de personas extrañas; hallábase con grán inquietud como estuviese un día entero en Villa-Antonia; como pasara allí la noche, era necesario llevarle las hijas, las ayas, las institutrices, los camareros, toda la impedimenta, como la noble señora decía, sonriendo con una placidéz que hubieran envidiado ángeles y serafines.

El señor de Trueba, á quien Armental no conocía, viajaba mucho; era un nuevo motivo de libertad para la señora de Trueba; pero nadie tuvo nunca noticia de que hiciese de su libertad mal uso; todo lo contrario; tenía fama de virtuosa; su buén corazón y

alteza de sentimientos iban á la par de su recato; era honesta sin mogigatería, afable sin exageración, alegre sin traspasar la nota, jovial más que alegre, con esa jovialidad que distingue á los temperamentos bién equilibrados.



IX

A esta mujer de tan raras perfecciones, según todo el mundo y según ella misma lo había sabido demostrar, hizo el triste sabio su confesión. Le pareció que la acogía en su alma como se acoge la historia de dolor de un hermano; pero después, pasadas algunas horas, volvió á pensar en ciertos detalles borrados de su mente; cuando terminó su historia, había creído notar en la señora de Trueba alguna vacila-

ción al contestarle; creyó que le hablaba luego como si no sintiese lo que decía; fué ésta la principal causa de que su corazón no experimentase el alivio que solemos experimentar después de una confesión plena. Aguardó, pués, ansioso la hora de aclarar ésto, como se aguarda una hora solemne de nuestra vida, y dando una prueba de que Mary le había juzgado bién al decir que su defecto mayor era, precisamente, el de preocuparse mucho quizás de lo que menos lo merecía, no apartó ya de ahí su pensamiento. Anhelando encontrarse con ella, rehuía la ocasión á la vez cual si la temiese. Durante algunos días no

se le vió en su pedrusco; se levantaba muy temprano, íbase al arsenal, y allí permanecía horas y horas, queriendo hacerse creer á sí mismo que estaba allí por necesidad y no por alejarse de Villa-Antonia y de la señora de Trueba. Otra inquietud le dominaba: creía haber observado en Mary mudanza inexplicable; sin quererlo él, unía aquel recuerdo candente de las ironías «imaginarias sin duda» de la señora de Trueba, con la actitud misteriosa de Mary.

No pudo sustraerse á sus mismas ansias; halló valor, sacado de no se sabe dónde; tuvo entereza para no evitar el encuentro, y

aguardó á pie firme al más hermoso de los enemigos.

Encontró á la señora de Trueba afable, tranquila como siempre; habló con él, como si no hubiese recibido en su alma confianza alguna; esto le inquietó más; en un segundo, tropel de ideas conturbaron su cerebro; ¿debería explicarse aquella actitud como una delicadeza esquisita, ó como un contundente ejemplo de indiferencia brutal? Sintió angustias crueles, no por su vacilación en creer el uno ó el otro extremo, sino por haber pensado en que pudiera ocurrir el segundo. Después, se avergonzó de haber pensado así de la señora de Trueba,

y este pensamiento le dió valor otra vez para arrostrar la situación de un modo decidido. La arrostró, hablando bién y rudamente de lo que pensaba; pero quedó suspenso cuando la señora de Trueba, sin dejarle concluir, prorrumpió en una grán risa. Veíala... oíala reir de aquel modo por vez primera... Fué una risa sonora, que reprimió al punto, al comprender el efecto que en Armental hizo. Este hombre, de tan extraña naturaleza, sufrió inquietud de muerte al pensar en el instante de hablar de nuevo con aquella mujer; pero no era de amor su inquietud, aunque hubiese sido más humano; era la

zozobra de un espíritu incrédulo, que no sabe si plantó bién, para que pudiese fructificar, una flor de esperanza en el corazón de otro semejante. Viviendo sin afectaciones que enaltecieran y dignificasen su espíritu receloso, aspiración infinita é inconsciente de ese espíritu mismo, creyó haber encontrado en la señora de Trueba un alma honrada y pura, él, que no había creído jamás en la honradez ni en la pureza de nadie; nunca había tenido la pretensión de imitar al patriarca de la Biblia buscando un número de justos para que el Señor salvase á su pueblo; su pueblo no había sido condenado, aunque lo mereciera;

además, su alma, sin fe, tenía la triste convicción de que no se hallarían diez almas, ni nueve, ni una, no ya en su pueblo, sino en toda la redondez del globo. Al ver á la señora de Trueba, creyó descubrir el único espíritu puro que en este triste valle de dolores se hubiese podido encontrar; se conmovió, se trastornó, hizo de aquella mujer su destino y se entregó á ese destino ciegamente, como el fanático entrega su alma y su sangre por su Dios. «Era el único espíritu puro y él lo había encontrado.» ¡Triste filósofo; creer que solo había en el mundo un alma perfecta, y creer que este alma la había Dios hecho para él solamente!

Y ved: desconfiando de todo, por una ley incontrastable, tenía que desconfiar también de sí mismo; de ahí su gran incertidumbre, su gran miedo; temía haberse equivocado; temía verse otra vez solo en el mundo, solo con su gloria, aquella triste gloria, hembra también, y hembra peor que ninguna, que no admite otros afectos, ni los más puros, ni los más nobles, porque necesita ella sola á su víctima, al pobre genio, para cegarle con su luz y matarle con su amor.

Pero la señora de Trueba no hizo ni habló cosa alguna para justificar la desconfianza del triste; se preocupó, se alarmó delante

del gran espectáculo de aquella naturaleza, preocupación y alarma que estaban muy lejos de parecer ignorancia ó indiferencia, para poder y saber comprenderle. Llegado el instante, lo tuvo que decir y lo dijo con firmeza, haciendo ruborizar como un niño á este hombre, cuya organización de hierro no se conmovió jamás en sus cuarenta años de lucha. Y lo dijo:

«Al oírle, al comprenderle de verdad, le admiró como se admiraría á un cíclope que sostuviese sobre sus espaldas un mundo; pero viendo después que un hombre de alma fuerte hizo de un tema tan baladí como el pensamien-

to de que en Medina-Jara se le apreciase más ó menos, el punto sombrío de su existencia, fué tal su estupor, que quedó sin habla en el primer instante, y hasta como sin aliento.»

Así habló, envolviéndole en aquella mirada plácida que tanto le conmovía. Él quiso defender su propia debilidad con la ruda elocuencia de su talento y su convicción, pero la señora de Trueba oíale y movía la cabeza como en señal de duda, afirmándolo una vez y otra: «No era un mundo lo que el coloso mantenía sobre sus espaldas; era una brizna miserable, que le aplanó vergonzosamente. Aquel día de la confiden-

cia con que Armental la honró, no se lo dijo así, no, por no creerlo, sino por haberle faltado decisión en tal punto; aprovechando la oportunidad que él mismo le presentó, se lo decía franca, rudamente, como él necesitaba oirlo, pidiéndole perdón de paso por su risa, que no había podido reprimir.»

Fué despecho, confusión, gratitud, todo eso junto, lo que Armental experimentó hacia esta mujer, viéndose juzgado por ella así. Aferrándose á su propio dolor, mimándole, acariciándole, feliz, puede decirse, en pensar todas aquellas amarguras, demostró con más triste relieve su gran flaque-

za. Era portentoso lo que con este gran hombre ocurría: vencedor siempre y vencedor brillante en la lucha por la existencia, admirado, respetado, con una posición independiente, con un nombre glorioso, padecía amarguras increíbles por aquella preocupación tenaz de que no se le amaba en su país.

Es un triste adagio, que la realidad comprobó muchas veces: «nadie es profeta en su tierra.» Pero no sabemos hasta qué punto podría ser el adagio aplicable al hombre de esta historia. Era la verdad que abrigaba proyectos colosales de realización más ó menos difícil; que soñaba con obras

portentosas que le dieran, ya realizadas, un nombre que no creía tener, como de su país se tratase. Era, en resumen, un volcán cruciente aquel cerebro, solo para soñar en lo que haría, cuanto más bello y más grande, mejor, para enternecer á Medina-Jara, para conmoverla, para despertar la fe de aquel pueblo adorado é insensible, que no le amaba con el amor que á él, ¡pobre filósofo!, le era necesario para alentar y vivir.



X

Abrió más su herida él mismo; la ahondó; parecía querérsela enconar con una complacencia cruel. Decíalo entrecortadamente: «hacía mucho tiempo que no iba á Medina-Jara por aquella preocupación; había llegado á tener miedo á su país, como el amante bisoño lo tiene al presentarse á la mujer adorada, aunque daría su sangre por estar un momento junto á ella, contemplándola, adivinándola, tocando ligeramente

sus cabellos como tocaría con sus labios un devoto la túnica de la Virgen.

De esto que contaba Armental á la señora de Trueba hacía ya algún tiempo, unos tres años; fué en los días gloriosos en que España resolvió engrandecer su Marina de guerra, dándole colosal impulso; no hay español que no lo recuerde: Europa asombrada lo recordará sin duda lo mismo; las generaciones venideras señalarán esos días como los más hermosos de este grán siglo.

Por necesidades de su existencia, amenazada continuamente, la nación española, despertando de su horrible pesadilla, se levantó

formidable. Hiciéronse proyectos de enormes buques que habrían de construirse en los mismos arsenales del Estado; la arquitectura naval iba á adquirir por esta razón gigantesco desarrollo. ¡Ah! ¡En lo sucesivo demostraría España que no eran de mucha necesidad los arsenales de otros países para engrandecer su Marina!

El arsenal de Medina-Jara fué dispuesto, como tantos otros, para el grán impulso que á sus trabajos iba á darse; en una de sus gradas pondríase la quilla del buque de más importancia que se construiría en arsenales españoles, un hermosísimo buque de combate de once mil toneladas,

que sería indudablemente el primer barco del mundo.

Daniel de Armentañ fué destinado á Medina-Jara como ingeniero jefe para la construcción de este buque; él sería creador de aquel formidable mónstruo de acero, que iba á ser la más noble enseña de la soberanía de España en el mar. Dios divino lo dispuso al fín; dispuso que España se hiciera cargo de cuáles eran y dónde estaban sus intereses, y el gobierno, la corona, la nación, lo habían comprendido: para conservar estos intereses con honra era preciso una escuadra formidable. ¡Barcos! ¡Muchos barcos! Y en el delirio de su sangre bra-

va, al gritar la nación: «¡*Barcos!*
¡*Muchos barcos!*», dió también dinero para construirlos; lo dió con generosa fiereza, desmintiendo así los pesimismos de ilusos desengañados, que creyeron á España una nación degenerada, sin sangre, sin dinero y sin pudor; lo dió como damos la vida por el hijo, por el hermano, por el padre que se nos muere; fué el más generoso acto de que pudo alardear un pueblo valeroso, sin igual en el mundo; reunió en montón desde la primera pieza de oro de la lista civil, hasta el último céntimo miserable del mendigo. En la conmovedora locura, en el santo vértigo, torrentes de

oro hacían rebosar las cajas de Hacienda y Guerra; por la patria pidió el pobre limosna; por la patria las madres quitaron de la boca el pán á sus hijos; por la patria el agiotista tuvo conciencia, el usurero generosidad, el pequeño fué grande, el grande fué coloso, y España, soltando sus harapos, se levantó sobre una montaña de millones, con que logró vencer á los poderosos Estados enemigos. ¡Oh fecha gloriosa, que recordará siempre con admiración el mundo! De la misma pobreza de España brotó el oro á raudales, como brotan al menor esfuerzo torrentes de sudor de un cuerpo enflaquecido.

Quedaba lo de más importancia quizás, y también pudo conseguirse: los padres de la patria fueron padres verdaderamente, no ambiciosos, egoistas, descreídos, que posponen su conveniencia personal ó la satisfacción de su amor propio, al bien de un grán pueblo que sufre y muere. ¡De un grán pueblo confiado hasta el punto de esperar la salvación de los mismos que le abandonan y le matan!...

Pero ¿qué dije? ¡Oh tiempo de horrores! ¡Pasaste á la Historia! ¡Tus páginas negras las señalará un demonio con dedo siniestro á nuestros hijos y á los hijos de nuestros hijos, es verdad; el co-

razón enloquece y llora sangre! Alívienos, sin embargo, pensar que, junto á esas páginas sinietras, hay otras de luz de la grán España regenerada. Consuélenos el pensamiento de que si esas generaciones venideras podrán decir de la España de hoy que cada uno de sus hijos llevó en la frente el *inri* vergonzoso, unos por haber gobernado como gobernaron y los demás por haberse dejado gobernar por hombres tales, esa misma generación decrepita, sacudida por la vergüenza y el dolor, irguióse al fin con formidable grito del corazón despedazado, haciéndose digna de sus gloriosas tradiciones y engrandeciéndolas

é ilustrándolas con nuevos asombrosos actos.

No solamente dió la nación su sangre, derramándola en Filipinas y en Cuba; no solamente la fundió en oro y se la dió al gobierno en montaña de millones; un ministro de Hacienda dió á este oro empleo atinado; sobró dinero para barcos, para cañones, para equipos... Como es costumbre en España,—porque siempre tuvo fortuna para eso, en gloria y honor nuestro se diga,—un ministro de Marina, inteligente, previsor, práctico, afortunado, fué coronación y remate de este portentoso alumbramiento que España hizo de sí misma, reproduciendo

do otra España, y vieron los españoles locos de orgullo surgir sus barcos y navegar por todos los mares conocidos, como se mecen en la llanura, con aire bonancible, las espigas doradas, bendecidas por el Señor.

Obtúvose con esto lo que todo el mundo creía; ardió la guerra en las colonias para que el dominio español se consolidase en ellas por siempre. Ante tanta previsión, ante tanta sensatez, ante tanta inteligencia, se resolvió todo matemáticamente... ¿Hablaré de la lucha? Aún están los fusiles humeantes. Aún no acabaron de regresar los ejércitos vencedores, aguerridos, rebosando orgullo y

salud; salud sobre todo, salud vigorosa, salud divina, que los pobres, los valientes soldados pueden emplear en sostener la existencia de los viejecitos que les aguardaban rezando, ciegos de llorar. Organizáronse regimientos voluntarios de grandes personajes que iban á dar su vida por la patria como antes habían desmembrado por ella su fortuna; así probaron estos próceres lo que afirmaban: probaron que en la América del Norte no había historia, ni patriotismo, ni corazón, viéndose manifiestamente que donde estaba el patriotismo era aquí, entre los poderosos, los grandes, que no dejaron sin ayuda en

el mortífero suelo á los pobres que no habían tenido recursos para redimirse. Produjo efecto maravilloso en Europa el espectáculo de aquellos brillantes regimientos españoles, valientes, lucidos, generosos, que abandonaban las dulzuras del hogar para ir al campo de la guerra á probar fieramente que, si fueron libres para lanzar sus críticas á los malos gobernantes, sabían demostrar también que eran ilustres patriotas y no degenerados sin conciencia.

El dinero de la nación vióse inmediatamente, no solo en los barcos que llenaban los mares, maravillas de arquitectura naval,

buques portentosos, con víveres, con pertrechos, con carbón, sino en los ejércitos de tierra, mantenidos y equipados también admirablemente. No nos hacíamos ilusiones; la seriedad y la decisión fueron norma nuestra y la ventaja más grande. Enterado al minuto el pueblo de los accidentes de la lucha, latía su corazón con el latido del corazón de aquellos ejércitos, sufría con sus tristezas, revivía con sus victorias, siendo éste el impulsor misterioso que difundía la esperanza y el valor en nuestros corazones. No nos achacábamos triunfos que no obteníamos, para no alimentar así delirios que después se desvanecie-

ran y nos aniquilasen más todavía que las balas contrarias. Dejóse guiar el gobierno por inspiración del país con sagacidad y valentía, sin alardes vanos de los ministros, sin exhibiciones estúpidas y quijotescas que arrancaran la risa á la multitud; esa multitud estaba, por el contrario, pendiente, con ansiedad respetuosa, de los actos y las frases de cada uno de aquellos ministros que Dios había destinado en la hora solemne para salvar á la nación. De allá, de las colonias, venían también ráfagas frescas á restaurar los pulmones... Lágrimas de entusiasmo llenaban los ojos y el corazón apresuraba sus latidos. Héroe fueron el sol-

dato y el general. Las grandes frases de los príncipes de la milicia en los momentos de peligro inminente, para alentar á los hombres á la pelea, no fueron frases de relumbrón que el viento podía arrastrar; fueron solemnes promesas á Dios y al mundo de morir antes que rendirse. ¡Oh siglo portentoso, que lograste registrar tanta gloria en tu postrimería! A España le cupo en suerte poner á tus piés esa gloria para que te reclinases sobre ella moribundo. ¡Oh reyes, oh príncipes, oh grandes hombres del hispano suelo: todos estuvísteis á igual altura! ¡Oh varones ilustres que regíais los destinos de la pa-

tria; ablandásteis vuestros pechos, aborrecísteis la vanidad, maldijísteis el engaño. Fué oído el salmo IV de Isaías y alcanzásteis premio con el espectáculo de ver á España levantarse del abismo, para brillar augusta en un trono erigido sobre la verdad y la modestia.

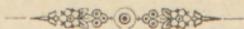
A la par que iban saliendo los barcos de los arsenales y repitiéndose nuestras victorias en los dominios que querían arrancarnos, cambiaba en el mundo la opinión que de nosotros se tenía; obtúvose así la consideración de todas las naciones, que las naciones son como el individuo; humillan al inferior y adulan al poderoso.

Acostumbrada España á la gran actividad é inteligencia de sus ministros, y como excepción que debe apuntarse, muy particularmente, del ministro de Marina, no extrañó el éxito dichoso; contentóse España con aclamar y bendecir al patricio ilustre, y el patricio no se cobró en credenciales y pomposas concesiones para los suyos y para él; se dió por satisfecho en su corazón y en su conciencia con ser aclamado y bendecido. ¡Ah, si los grandes repúblicos supiesen lo que son las bendiciones de los pueblos!

España, en fín, despertó de su gran letargo, aquel sueño de catalepsia que asemejó á la muerte,

y le bastó despertar para que su respiración fuese ya menos difícil. Al salir de la espantosa pesadilla se vió libre de opresiones; al dignificarse con sus actos, el extranjero la dignificó, respetándola y temiéndola. Filipinas empezó á resplandecer de nuevo como flor de exuberancia poderosa; nuestra bandera ondeó gallardamente en los campos de Cuba pacificada; la rapacidad de los americanos del Norte convirtió sus uñas en cortés sonrisa; suspiraban las repúblicas del Sur recordando lazos de amor deshechos con la noble madre; España, redimida de sus errores por el dolor, empezó á rehacerse; alivió el corazón de lu-

tos; con una dulce memoria para sus hijos muertos, pensó otra vez en la vida; brillantes auroras coronaron su frente; y cimentándose en sus propios escombros, sobre su misma sangre, sobre sus mismas lágrimas, pura, potente, surgió otra vez á la luz, ocupando su hermoso lugar en los progresos del mundo.



XI

El nombramiento de Armental para el mejor de los arsenales, fué sin duda un acto de justicia á sus grandes dotes; no eran ya posible cábalas; la nación, como náufrago que va á morir, cogíase por instinto en la hora suprema á los hombres que podrían salvarla verdaderamente. Al tener noticia Armental de su nombramiento, se estremeció de orgullo; confiaba en sí mismo, tanto ó más que la misma nación desgraciada

que á él se confió. Sin haber buscado el instante de ir á su país del modo honroso que le correspondía, lo deseaba ardientemente; era su aspiración tenáz; aquel hombre de piedra soñaba en esto como el niño en la realización de sus fantasías de color de rosa. Presentóse al fin la ocasión. «Estaba seguro; mostraríase digno de ella.»

Hay datos que lo confirman: Armental fué recibido en Medina-Jara dignamente; en tal ocasión, los de Medina-Jara—cosa rarísima aunque se tratase de una ciudad de primer orden—estuvieron á la altura casi de un país culto. Festejaron á Armental, le agasajaron, pero él dominaba trabajo-

samente su melancolía. Le instó Núñez de Hijosá á que fuese á vivir con él, y accedió al fin; no encontrando ninguna satisfacción en aquellas manifestaciones de cortesía, mostrábase reservado, altanero á veces; lo pensaba con amargura: «Su pueblo, al festejarle por su valer, no hacía más que admitir lo que ya otros pueblos habían hecho; no era un impulso espontáneo, una necesidad del espíritu; era una fría copia de lo que hicieron los que le habían comprendido y amado antes. Al recibirle como con palio, era porque ya otros le habían recibido así, no por la iniciativa propia de los corazones que le amaban y

admiraban de verdad. Cuando salió de Medina-Jara veinte años antes, sin posición, sin nombre, menos que eso aún, sin amigos, sin ropas, hambriento, ¿por qué nadie había pensado en él? Y él lo sabía; lo sabían también los otros; tanto valía el Armental que se alejara como el que volvió; tan merecedor era del triunfo, tan sabio, tan fuerte, con esa fortaleza de corazón para la lucha que está por encima de todo... No, nadie pensó en él, ni le recordó, ni le tributó una palabra de consuelo.» Y acogía con reserva las ardientes manifestaciones de admiración y amistad que en su pueblo se le tributaban.

La señora de Trueba no quiso ó no pudo hablarle en algún tiempo de lo que más preocupado le tenía; pareció olvidada la buena señora de que Armental existiese: Armental no sabía fingir; su inquietud era terrible; su amor propio, su orgullo según él, —pero un verdadero dolor del alma en realidad — impedíale continuar en sus expansiones con ella. Ya no dudaba; tan convencido hallábase de la superioridad de esta mujer sobre las demás mujeres en todas las virtudes, que no había vuelto á ennegrecer su espíritu en la duda, cuando recordaba, sin poderlo él mismo impedir, cierta ironía misteriosa que creyó

ver reflejarse diferentes veces en su rostro de dulces perfecciones. Sentíase con ansia inexplicable de hablar á la señora de Trueba, pero el silencio de esta señora imponíale también silencio.

Como la señora de Trueba no era huésped constante en Villa-Antonia, aunque sí el más asíduo, no tenía en la mesa asiento señalado. Una tarde, Armental, la vió sentarse á su derecha; le afectó, le sorprendió; nunca se había sentado junto á él.

Era día festivo, hacía una tarde hermosa; además de los comensales de costumbre, hubo otros invitados. La animación era grandísima. Mary, en un extremo de

la mesa, hacía los honores á un noruego, amigo y socio de Núñez de Hijosa; un noruego alto, enjuto, de ojos celestes, pestañas rubias, pelo rubio, bigote rubio... Todo era rubio en aquel hombre, un rubio amarillento que es imposible definir. La sobremesa fué muy animada; hablaban todos; en un lado hacían comentarios de gravísimos sucesos políticos; en otro mantenían ardiente discusión sobre Medina-Jara, su carácter, sus costumbres, su cultura. La señora de Trueba no había desplegado los labios.

Armental sentíase con vivos deseos de exponer allí, en voz muy alta, que el carácter de su

pueblo era malo, sus costumbres malas y su cultura ni buena ni mala porque jamás la había tenido. Dos razones detuviéronle: primera; no hablando nunca de nada no le pareció bién hablar entonces para censurar á su pueblo solamente; á esa misma razón agregábase otra en que no quería pensar siquiera: «¿Habría más despecho que imparcialidad en sus conclusiones? Aún siendo Medina-Jara así, aún teniendo él razón, era su pueblo, fué su cuna, le amaba, le adoraba, no debía censurarlo.» Por último: estaba la señora de Trueba allí, junto á él, ejerciendo en su alma, como siempre, influencia misteriosa que le impelía

á todo lo bueno. Pero lo que no dijo en voz alta, para que todo el mundo lo oyese, lo pensó con tristeza profunda: «¡Pueblo ingrato!»

De pronto oyó cerca, muy cerca, en su oído casi, estas palabras, dichas en tono muy dulce:

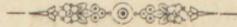
—Filosofía, señor de Armental; los séres superiores no dejan descubrir de ese modo sus amarguras. Usted, conocedor del mundo, que enseña á vivir á los demás con sus hermosos libros, ¿necesitará, en resumen, que le enseñe á vivir una modesta madre de familia?

«¡Al fin había hablado la señora de Trueba!» Armental quedó contemplándola; contemplaba

aquellos ojos negros de mirar profundo, fijos en él; contemplaba el rostro de rasgos valientes y nobles, los cabellos negrísimos que cubrían sus sienes; los labios gruesos, rojos, la sonrisa constante de aquellos labios, y detrás de la sonrisa los finísimos dientes, de blancura extraordinaria.

Armental cerró los ojos.—No, no, dijo.—No se sabe si la exclamación de Armental fué una negativa á lo que acababa de oír, ó un misterioso grito del fondo de su sér, rechazando quizás una visión demasiado hermosa, que parecía acercársele, tendiéndole los brazos silenciosamente... Una visión de rostro moreno como

el de la Virgen, cabellera som-
bría y ojos grandes, dulcísimos,
de una negrura que llenaba el al-
ma de luz.



XII

La señora de Trueba no pareció oírle; miró á los comensales; seguían en su discusión sin pensar en otro asunto. La dueña de la casa hacía los honores con la flexibilidad y gracejo de costumbre. Núñez de Hijosa hablaba muy tranquilo con su noruego.

En quien pareció fijarse con más detención la mirada de la señora de Trueba fué en Mary; Mary correspondió con otra mirada que solo la señora de Trueba pu-

do advertir; solo ella pudo comprender la expresión de tristeza y reproche que adquirieron aquellos ojos, de luminosas alegrías siempre, en el misterioso segundo en que las dos miradas se cruzaron.

La señora de Trueba bajó la suya con precipitación; volvióla cabeza hacia Armental, é inclinando un poco el busto hacia él, dió á su acento un timbre más grave..... La señora de Trueba con sus treinta años, su busto hermoso, su cara de bondad, más hermosa que su busto, parecía entonces una madre en el momento de reñir á su hijo preferido.....

—No lo dice usted, pero se adivina, añadió en voz baja; vosotros los grandes hombres sois los niños mimados de la sociedad; pedís la luna y no hay más remedio que dárosla; al niño, al verdadero niño, se le engaña con cualquier cosa; á vosotros, no; á vosotros hay que daros la luna; y como esto es imposible, hé aquí que la vida se os hace imposible también. A usted, señor de Armental, se le ha puesto en la cabeza que en su país no se le hace justicia; está usted en un error; tiene usted méritos muy grandes y en su país se le respeta y considera; pero con la terquedad de un niño voluntarioso, olvida us-

ted el presente para fijarse en lo que ya pasó. El tema de usted es que allá por el tiempo de Maricastaña no hacían caso de usted sus paisanos; para decirlo claramente: que no le rendían ese culto á que después, cuando salió de su país, le acostumbraron los hombres. Por eso usted ahora, con más soberbia que filosofía, viene á su país y está en él como un extraño; con la terquedad de querer vivir de sus memorias, no sabe usted aprovecharse de su actual triunfo; es usted un ejemplar curiosísimo del hombre feliz, empeñado en tirar su dicha por la ventana. Por Dios, saboree usted el exquisito plato del día, sin

acordarse de aquellos que tanto le amargaron.

Armental pareció aturcido en el primer momento; á la sorpresa de aquel discurso cuando menos razones tenía para esperar que la señora de Trueba pensase ya en tal cosa, se unía, para aturdirle, el tono que había escogido, de seriedad y firmeza. Rehízose bién pronto; solo pensó en lo que estaba oyendo, y sonrió friamente. A la señora de Trueba no agradó esta sonrisa; adivinó lo que significaba, y su tono fué más vehemente. «Nunca tendría razón Armental; en resumen: ¿qué aprensiones eran las tuyas? ¿Que en su país no se le consideró an-

tes como ya se le consideraba, desde que regresó á él? Pues ella se lo decía en su cara al hombre sapientísimo: era bárbaro razonar así. ¿Qué méritos eran los del señor de Armental cuando salió de Medina-Jara? ¿Pintó algún cuadro sorprendente? ¿Arrebató á las muchedumbres con algún drama? ¿Con alguna novela? ¿Con alguna ópera? ¿Con alguna gran invención, de aquellas que hacían delirar de entusiasmo á un pueblo? No. ¿Quería el señor de Armental entonces que se adelantaran en su país al tiempo, y adivinando lo que había de suceder, se prostraran con veinte años de anticipación al Dios magnífico?»—Me

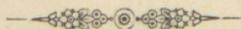
dá usted lástima, señor de Armental.

¿Qué causas hubo para que Armental se mostrase tan sereno, ahora que la señora de Trueba, por primera vez quizás desde que la conocía, se mostró tan vehementemente? No respondió. La tonante cólera, la graciosa ironía, los conceptos más duros, no hubieran podido herirle entonces. Las alas de su espíritu hendían unos espacios negros, sin fin; acordábase de su niñez, de su juventud, de los terribles sacrificios, de la lucha inmensa para conquistar el nombre primeramente, la posición después; estremecía-se pensando en el horror de los princi-

pios de aquella lucha, siempre caído, siempre pisoteado por aquel pueblo imbecil, á cuya sinceridad y amor á sus hijos glosaba entonces endechas la gran señora.

Un sudor helado bañaba su piel..... ¡Cómo lo recordaba! Si hubiera tenido que erigir nuevamente el pedestal en que pudo al fin colocarse, al levantar el primer grano de arena habría muerto. ¡Oh paz bendita! El aplauso, la gloria, el amor propio satisfecho, el bienestar presente, todo lo hubiera perdonado con gusto ante el horror de una hora siquiera de aquel esfuerzo terrible que había tenido que hacer. El espíritu y la carne, todo quedó á pedazos en el camino.

Por una hora solamente de aquella tranquila fuerza de su juventud hubiese arrojado contento desde el balcón de cien mil puertas de la gloria, sobre la estúpida muchedumbre á quien la señora de Trueba había aludido, todo aquel fárrago de laureles que alcanzó con lágrimas y sangre.





XIII

Mary ayudó á su marido á ponerse el gabán; Núñez de Hijosa salió con su noruego; tenían que ir á Medina-Jara; los otros huéspedes iban retirándose. Quedaron en el salón la señora de la casa, risueña, pequeñita, vaporosa; la señora de Trueba, amiga de Mary desde la niñez, y el señor de Armental, abismado en sus pensamientos. Era una noche tranquila, de majestuosa calma; la luna se miraba en el mar, como

una reina misteriosa se miraría en un espejo de plata grande como el mundo.

Mary se aproximó á Armental; su agitación, su inquietud eran visibles, bajo aquel exterior alegre. Armental, conmovido por lo que oyó decir á la señora de Trueba, aunque reparó en la alegría nerviosa de Mary, no le dió importancia; solo se le ocurrió pensar que Mary deseaba hacer las paces con él, después de su retraimiento misterioso. Mary le habló de la belleza de la noche, de la engañosa dulzura del mar, de mil detalles sin hilación y sin interés; conocíase sin trabajo que no era de aquello precisamente de



lo que hubiera querido hablar. Hubo un instante en que pareció que vacilaba; iba á decidirse sin duda, pero se aproximó en tal punto la señora de Trueba. Mary entonces, ocultando su agitación, siguió perorando lo que Dios quiso. Como si no tuviera al fin de qué hablar, habló del noruego de los ojos celestes; habló después de Noruega, de sus costas sembradas de escollos, de las montañas escandinavas y las fantásticas auroras boreales, como nimbos de luz de la cabeza de un santo. Cual si sintiese de pronto arder todo aquello en su cabecita llameante, corrió al piano, á hablar en secreto con unos duendecillos invisibles que,

según ella, la entendían perfectamente cuando «le daba por lo lastimoso.»

La señora de Trueba la siguió al piano; parecía observar á Mary con atención. Estaba Mary muy linda con su traje vaporoso; leve carmín teñía sus mejillas; la brisa húmeda del mar, entrando por las ventanas abiertas, jugueteaba suavemente con sus cabellos rubios. La señora de Trueba, de pie junto al piano, la contemplaba bondadosamente, y Armental, á su vez, conturbado, anhelante, contemplaba aquel grupo originalísimo de las dos mujeres, blanca la una, pequeña, rubia, de ojos azules, como un delicioso *bibelot* de

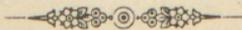
los que adornaban aquel nido encantado, y la otra..... Pero ¿quién era aquella otra mujer, que con algunas palabras solamente había querido echar á tierra sus firmes convicciones, las convicciones que clavó en su cerebro, más que el estudio profundo de las obras de los sabios, el martillo poderoso del dolor, las formidables lágrimas devoradas silenciosamente en el aislamiento que produce la indiferencia egoísta y brutal de los hombres? ¿Quién era aquella mujer que se propuso desgajar de raíz las convicciones que llamaba ella absurdas, haciéndole entrever la posibilidad de que surgiesen de las palpitantes ruinas, como el

sol cuando por vez primera iluminó al mundo, visiones colosales de belleza imponente, nobles figuras, símbolo perfecto de la bondad y la virtud, gérmenes gloriosos y fecundos de otra vida, en que todo era bello, casto, noble, á la manera que en los principios de la cristiandad los nuevos apóstoles arrojaban los falsos ídolos de los templos, para sustituirlos por la cruz?

Absorto en sus ideas, no se fijó Armental: las notas vibraron bajas, muy bajas, con dulzura infinita, con algo de oración y de tristes invocaciones; Mary, sin dejar de herir las teclas con sus dedos sonrosados, dirigió á su

amiga una mirada temerosa y suplicante; pero la señora de Trueba no pareció haberla entendido, y Mary, en un arrebató de niña mal educada, golpeó las teclas, furiosa, estallando el *Erad* en trueno formidable.

Aquel estrépito sacó á Armental de su abstracción, y pudo ver entonces á la señora de Trueba riendo bondadosamente y á Mary que salía del salón deshecha en llanto.



XIV.

La señora de Trueba la vió alejarse sin dejar de sonreír; pero había tanta dulzura en su sonrisa que hubiera desenojado á Mary si la hubiese visto. Siendo las dos de la misma edad, la naturaleza y el carácter las diferenciaba tanto, como distintas eran sus figuras. Mary fué siempre una niña; la señora de Trueba fué siempre una mujer. Aquel grán cariño, tenía en Mary, por esta causa, mucho de filial; en la señora de Trueba

mucho de materno; las dos eran hermosas, pero hasta en su hermosura advertíase un contraste asombroso: Mary era una flor delicadísima; la señora de Trueba una grandiosa estatua; al juntar sus cabezas para besarse parecían un lirio al borde de un abismo.

Se aproximó á Daniel de Armental la señora de Trueba, murmurando algunas frases en disculpa de su amiga; Armental iba á interrogarla sorprendido, pero ella se encogió de hombros, sonriendo, como desentendiéndose, con esa dulce condescendencia de las madres para con sus hijos. Al llegar hasta él, su rostro adquirió una noble seriedad; pareció

que abandonaba en aquel punto el recuerdo de su amiga para hablar de un más grave negocio. Tendiéndole la mano, preguntó lacónicamente:

—¿Somos amigos?

Armental se olvidó de Mary.

—Sí, lo somos,—contestó, estrechando la mano que se le tendía.

—Bién, entonces—añadió ella, marcando sus palabras de un modo muy singular,—acceda usted á lo que sus amigos le piden; permita usted que se representen sus obras en los teatros de Medina-Jara; yo se lo aseguro; los temores de usted son infundados; la población entera aplaudirá en

usted á uno de los hijos que más la ilustran.

Estrechó su mano y salió rápidamente, diciendo que iba á buscar á Mary.

La vió salir Armental como una sombra, y quedó con los ojos fijos en la puerta cual si la contemplase allí todavía.

La inquietud que tuvo este hombre ya la sabeis: fué la inquietud de que no hubiese tomado la señora de Trueba su confesión en serio; el inesperado discurso de esta señora le impresionó vivamente al principio, le confundió, le aturdió, ya lo dije, pero una hermosa serenidad fué llenando su alma; cuanto más vehemente

y dura fué haciéndose la filípica, más fué volviendo su ánimo. ¡Ah, no era ciertamente de la señora de Trueba de quien Armental dudaba, sino de que aquel sér infinitamente superior no hubiese considerado dignos de meditarse sus sentimientos. Entonces, libres del todo sus preciosas facultades, pudo analizar las palabras de la señora de Trueba, y una sorpresa deliciosa, inexplicable aún para él, agitó su espíritu. Quedó absor-to, entregado completamente á tan extrañas sensaciones. Pero fué volviendo de su abstracción. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? ¡Una nube obscureció sin duda sus ojos! La nube fué disipándo-

se. ¿Qué vió en un principio? Allá, en la negrura, fué distinguiendo, gradualmente, con mucha lentitud, un punto blanco, imperceptible casi, esa indecisa claridad que anuncia el amanecer, una luz ténue, lejana, una de esas estrellas que no se sabe fijamente si alumbran ó no, como si las viéramos con la imaginación más que con los ojos; la indecisa estrella, que se pronuncia, que se agranda, que se convierte en luz, la luz en fin, que inunda á torrentes los espacios, y detrás de aquella luz, delante, ó en ella misma, los ojos de la señora de Trueba, negros como el caos y luminosos como el sol. ¡Oh, divino encanto de

unos ojos negros! ¡Tú solo puedes amalgamar y hacer que vivan juntos, dándose la mano, el sol y la noche!

No lo quería creer; «¿sería posible aquello? ¿No era locura soñarlo? ¿Habría vivido quizás en un error grave hasta entonces?» No vió á la señora de Trueba en algunos días; no quiso hablar con nadie; deseaba estar solo en presencia de aquel espectáculo nuevo de su corazón. «¿Podría ser amado, admirado en su país? ¿Llegaría un tiempo en que Medina-Jara le reconociera de buena fe como una celebridad? ¿Llegaría á ser verdaderamente el orgullo de sus paisanos?»

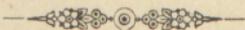
Duro contraste: deseando la soledad como nunca, sentía por vez primera irresistible deseo de hablar con todo el mundo, asociarse á las conversaciones de las gentes, á las ideas; el temor á la vez de que en Villa-Antonia llegaran á descubrir sus nuevas sensaciones antes que él mismo pudiese definir las, infundíale temor de muerte.

Pretextando la necesidad de su presencia en el astillero, no faltaba de allí un segundo; allí procuraba alejar del espíritu toda abstracción que no fuese la de su buque; sentía remordimiento de haber pensado en otra cosa que no fuese aquella magnífica crea-

ción suya, aunque esta otra cosa hubiera sido la misma señora de Trueba. Debíase á su patria; su patria se había confiado á él; jugábase allí su honor y su vida; como si todo esto no fuera bastante, su pensamiento único, su cuidado, su pasión del alma, ¿no era aquel gigante de acero que se erguía allí, en la grada, con la popa hacia el mar, como un monstruo marino que descansa en la orilla, dispuesto á hundirse otra vez en las olas? Y allí, entre aquel gran número de hombres, que iban y venían vertiginosamente cada uno en su oficio, gritando, bullendo, aglomerándose en un mismo punto como abejas en col-

mena, allí, entre el zumbido constante de las fraguas que lo invaden todo, de los taladros, de las limas, de los golpes sin fin de los martillos en los remaches, de los entibadores al responder á los martillos, de la otra nota descomunal de los machazos en las chapas, de las cadenas que chocan, de las cábricas que crugen, del chirriar de las poleas, de los diferentes ruidos, que se doblan, que se multiplican, que se confunden en infernal balumba, dentro, encima, fuera de aquel gigante casco de acero, inmensa campana que despide, por cada golpe, una ola ardiente de armonía, su garganta ahogaba trabajo-

samente un grito de triunfo, y quedábase como en éxtasis, sin corazón, sin memoria para nada que no fuese aquel Prometeo inmenso, recostado como una montaña sobre las olas y la arena, aquel gigante, sér de su sér, entrañas de sus entrañas, vida de su vida.



XV

Pero estos delirios pasaban y otra vez el pensamiento metíase en ruda contienda. Después de muchos días, regresó una noche á Villa-Antonia; era tarde y creyó que todos estarían ya recogidos. Tuvo intención de hacer una pregunta al criado que salió á abrir, pero no lo hizo, como si se avergonzara de lo que iba á preguntar. «¿Estaría la señora de Trueba en Villa-Antonia?»

Entró en el salón; el salón hallábase iluminado aún: sin duda

acababan de salir las últimas personas que en él estuvieron. Se sentó junto á la ventana y apoyó los brazos en el alféizar; la luna llena iluminaba el mar, abarcándole como en un abrazo de amor.

Quedóse contemplando las aguas pensativamente; hubiera querido arrancar con el pensamiento del fondo de aquel abismo la explicación de todo cuanto le ocurría. «¿Vivió quizás equivocado? Su única preocupación, el pensamiento de que no se le quería en su país, aquella tierra adorada, ¿pudiera haber sido un absurdo? ¿Un mito que la desconfianza levantó en su corazón como castigo al otro pecado suyo

de la soberbia ciega? Fué célebre; alcanzó fortuna. ¡Ah, pero su triunfo no era completo; no lo sería jamás si en su tierra, en aquel país soñado del sol, bajo aquel cielo espléndido, á la orilla de aquel mar tranquilo, como la mirada de un santo, al pie de aquellos montes famosos, no gozaba el íntimo placer de verse amado y comprendido, y poder entonces vivir allí siempre, en su hogar, rodeado de los suyos, con mujer, con hijos, huyendo de la triste y fría soledad de su gloria! ¡Su alma estéril retoñaría otra vez como una flor en una piedra, flor dulcísima, representación noble de nuevos ideales!»

Oyó en aquel punto un rumor de faldas y volvió la cabeza rápidamente. No era Mary, tenía la seguridad; aquella figura que avanzaba hacia él no tenía su silueta finísima. No iba á la ventana, iba al piano; Armental contuvo el aliento como si le pareciese un crimen el encontrarse allí. La señora de Trueba cojió un libro que había sobre el piano; dirigíase ya á la puerta y vió entonces la sombra de Armental recortándose en el hueco de la ventana.

No pareció asustarse; le reconoció al punto sin duda, porque se acercó á él confiadamente. Armental no supo qué decir, pero

ella le tendió la mano con aspecto tranquilo; al tocarla Armental con la suya, creyó percibir un ligero temblor en aquella mano suave; con más motivo le faltaron fuerzas para hablar, por la grán emoción que su descubrimiento le produjo.

Extrañándose ella de su ausencia, se disculpó temblorosamente con las graves obligaciones que le reclamaban en el astillero. En verdad, no podía ser más lógica la disculpa: acercábase un día solemne para él, el día de la botadura del «España»; para un ingeniero naval, la botadura de un barco que él ha construido, constituye con seguridad una de las

más grandes pruebas de su vida.

Sabía Armental lo que era el estreno de un drama: la hora de inquietud más cruel que el humano puede sufrir en una existencia larga, henchida de dolores. La que se experimenta al lanzamiento de un barco era, según él, una impresión igual para el ingeniero que lo construye, pero en proporción mayor, con la diferencia que puede existir «entre la medida de un manuscrito para el teatro y del buque cuyo lanzamiento se verifique.»

La señora de Trueba quedó muy complacida de haberle visto; no podía detenerse; al alejarse le

tendió la mano otra vez, y le dijo en aquel tono singular que ya había usado otras veces:

—Es usted un ogro... en su país al menos; es preciso que conozca usted y trate á las personas; vendrá usted á mi casa cuando regrese mi marido; le presentaré á mis amigas; conocerá usted de cerca á todo ese mundo que tiene que contentarse con admirar á usted... desde lejos. —Su voz pareció entonces algo entrecortada. —Yo tendré mucha honra en ser su guía; á la postre, no será solamente un buque de combate lo que usted construya; construirá también una hermosa página de gratitud á esta humilde

paisana suya, que enseñará á usted á ser más justo con aquellos que bién le quieren.

Había dejado su mano entre las de Armental mientras hablaba; al concluir, se desprendió, como en una sacudida nerviosa, de aquellas manos que la retenían suavemente y se alejó con rapidéz.

Armental no sabía lo que le pasaba; quedó absorto, con los ojos fijos en la puerta por donde la visión había desaparecido: parecía ver, centelleando en el fondo negro de la puerta, aquel rostro ligeramente moreno, aquel hermosísimo busto de matrona, aquella majestad soberana, en fin,

como envuelta en misteriosos esplendores.

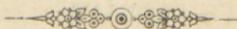
Volvió los ojos al mar; acordábase de la primera vez que habló con la señora de Trueba; hacía ya tres meses. ¡Oh tiempo, tú que tanto doblegas, cómo sabes pasar también como el roce del ala de un angel sobre la cabeza del hombre!

«Sí, bien lo recordaba. Había luna; el ruido vago del mar confundíase con las notas. ¿No era una noche como aquella? ¡Qué grande le pareció todo!; el mar, el cielo..... Aquella mujer desinteresada y noble ¿lograría persuadirle? ¡Persuasión...! ¿De qué tenían que persuadirle á él? ¡Mí-

sero!» Abrasaba su frente; estallábale el cerebro; por un segundo creyó que la señora de Trueba volvía, como un fantasma, acercándose al piano, y sentándose junto á él, silenciosamente; parecióle ver otra vez los dedos nerviosos deslizándose por las teclas y que oía una música espantosa, de crugir de armaduras, de gritos de furor, de maldiciones, confundiéndose con otras notas tristes y dulces, como gemidos de vírgenes esclavas que se arrojaron al mar en busca de sus amantes muertos. «Pero no, no era verdad, no estaba allí la señora de Trueba. Seguía contemplando el mar, sereno y majestuoso;

todo adquirió en su cerebro de poeta proporciones colosales; la torre del faro erguía-se allá, como un santo gigantesco, sobre su altar magnífico de rocas; la luna, detrás, como aureola de la cabeza del santo, hacía proyectar la sombra de la extraña imagen en las aguas inmóviles..... Y mientras tomaban forma en el cerebro de Armental millones de séres y figuras fantásticas, sus ideas sin hilación iban siempre á un mismo punto. «¿Habría vivido en un error? ¿La bondad, el desinterés, existirían? La virtud ¿no era un mito? ¿Sería, en resumen, un bién conocer á los hombres, puesto que los hombres amaban la

virtud? Por lo tanto, ¿se engrandecería el hombre á sí mismo estudiando y conociendo á sus semejantes? Conociendo, en fín, á los hombres, ¿es el bién lo que conocemos...? ¿No es el mal...?»



XVI

Sale otra vez de la casa sin saber á donde se dirige: hay algo nuevo en él que le agobia, al mismo tiempo que le hace sonreír y le rejuvenece. Son ideas extrañas que no le es fácil ordenar, pero que entrevé, pensando no obstante que nunca podrá definir las. No podría dormir; estrechos se le figuran los espacios para el aire que á sus pulmones es preciso; estrecho su cerebro para las ideas que allí surgen, saltan y chocan,

como rayos de una tempestad deshecha.

La luna resplandece; él está solo en el camino como un fantasma; nada oye, nada vé; deja atrás la carretera que se empina sobre los montes como un ancho festón gris; á la derecha está Villa-Antonia, con sus álamos frondosos y sus tejadillos pintorescos, que se retratan en el mar; en frente Medina-Jara, de la que solo distínguese el resplandor de su alumbrado como nube de oro, destacándose con vigor sobre sus torrecillas, sus edificios, sus plazas, que se pierden en la sombra; más allá, como antorcha inmensa, sobre extraño promontorio,

la llama perenne de la chimenea cuadrangular de la fábrica hulle-
ra, y más allá aún, en el sombrío
fondo, montañas de hulla en-
rojecida, que centellean como el
ojo de los cíclopes en los panta-
nos del Spernio.

Se ocultó la luna, y más me-
drosos aún que la Tesalia en los
tiempos de Esquilo, aparecíanse á
los ojos de Armental aquellos
espacios llenos de sombras; su
imaginación desbordada y calen-
turienta sabía poner allí las visio-
nes de su cerebro, más hórridas
en su furioso batallar que los Ti-
tanes y Júpiter.

Dejó el camino y anduvo á la
ventura; quedábanse atrás ver-

tientes, sembrados y desfiladeros. No sabía por donde avanzaba. Parecía el destino caminando en la sombra. Era la imagen tristísima de la soledad, rodeada de nieblas... Sin embargo, nunca como entonces centelleó con más esplendor la luz del cielo en los ojos de su alma. Siéntase de pronto sobre una colina; en frente se distingue á la confusa claridad el hermoso cementerio de Medina-Jara. A sus piés, entre el montecillo donde se ha sentado y el cementerio, despéñase un arroyo; las aguas saltan espumantes con pavoroso rumor en la quietud de la noche. Se sienta Armental allí maquinalmente; no está cansado;

su organismo de hierro necesita mucho aún para rendirse.

No sabe donde está; el ruido del agua al despeñarse le orienta. Tiende la vista entonces y halla el campo-santo. El campo-santo de Medina-Jara es un jardín magnífico; embriagadores perfumes llenan el corazón del viajero cuando sube la carretera que pasa por las poblaciones de la serranía. Desde la cúspide de los montes se domina el campo-santo en un declive; forma un valle delicioso de emanaciones balsámicas que *brindan* la salud.

Armental permanece un momento absorto; después se aleja de allí rápidamente, pero ya vá

orientado, ya sigue una ruta. Al ver el cementerio, pensó que su cuerpo y su alma querían reposo, quietud absoluta; presintió alivio solo al pensarlo, pero el zumbar del agua, saltando por el despeñadero, hacía estremecer todo su organismo... «No, allí no.»

Sale otra vez la luna como una nota dulce; él avanza resueltamente; el ruido del agua se aleja, el cementerio se aproxima; ya está cerca del cementerio, ya está allí; con alargar la mano le parece que vá á cojer los fríos huesos que llenan las sepulturas. A la luz de la luna centellean los mármoles lustrosos de las cruces, de los panteones, las aguas de

los estanques, aquellas aguas silenciosas, que parecen muertas también, y donde se miran sonrientes las encendidas rosas. Parece un vergel el campo-santo en esta suavísima noche; las flores se abren como labios amorosos; las fuentes susurran cantos rítmicos; el viento se desliza entre las hojas como música sutil de arrullos y besos; besos creyérase que el corazón escucha en aquella dulce quietud. Los jaramagos se destacan á la luz de la luna entre las piedras, las siemprevivas adornan los sepulcros. El ruiseñor canta.

—Esta es la verdad,—dice el hombre,—y suspira satisfecho.

Queda mudo, absorto, con la mirada fija, y el pensamiento, el corazón, fijos también; las nubes se amontonan arriba, deslizándose rápidamente como ejército que corre en busca de anunciado enemigo. Las nubes pasan; las nubes al pasar ocultan la luna, y las sombras de las nubes al caer y deslizarse sobre el cementerio, donde Armental está siempre fijo, parecen imprimir un extraño movimiento al silencioso mundo de la muerte. Armental lo vé, está creyéndolo en aquel instante; los mausoleos toman proporciones diferentes, agrandando ó reduciéndose; las cruces se levantan ó se ocultan, los muros de nichos

se doblan; los cipreses se inclinan como grandes espectros para buscar algo en las tumbas; los sáuces sueltan sus cabelleras como mujeres desoladas. Todo parece animarse con extraño rumor; la imaginación poderosa de Armental excitada con impresiones tan opuestas, siente rumor de vida, allí, donde solo está la muerte... la verdad única, como él ha dicho.

No sufre en tal punto: hay en todo su sér ese feliz amodorramiento de la materia, que sigue á un vivísimo dolor. En aquel reposo absoluto de todas sus facultades, considerándose como muerto, frente aquel lugar de

eterno descanso, donde todo se le figura que revive, al través de una bruma, como una luz indecisa, vé de pronto, por primera vez desde que salió de Villa-Antonia, la imagen de la señora de Trueba. Su alma enardecida quiere gritar: «¡No, no; la verdad está allí, en aquella hermosa figura, en sus palabras, en su ejemplo. Y si esa es la verdad, ¿no podré esperar algo aún de la vida?»

Armental siente, piensa, oye, vé y se le figura, no obstante, que está dormido; y así, en este estado, con el frío de la calentura y la lucidez extraordinaria de un vidente, recoge toda su atención y mira anhelante al cementerio.

Alguien está llorando en el cementerio. Lo ha oído él, lo oye aún. Hacia el lugar de donde parten los sollozos, inclínase para mirar, una siempreviva. Cerca de la siempreviva hay una pared de nichos; la pared está cubierta casi por una enredadera; la enredadera parece la esperanza poniendo su mano suave sobre las bocas negras de unos desesperados para que no blasfemen.

Adornan la enredadera multitud de campanillas blancas y azules. Las campanillas blancas y azules asómanse á las bocas de los nichos y preguntan curiosamente:

—¿Quién llora?

No responde nadie; los sollozos siguen.

De pronto brillā una estrella en el tragaluz de una cripta. Al pie de un sepulcro hay un lirio. El lirio sonríe cuando vé la estrella. La estrella y el lirio hablan de amor. La estrella es su amante.

—Estrella,—pregunta el lirio de pronto:—¿Quién llora?

La estrella no responde; se apaga y vuelve á lucir cual moza pizpereta que se asoma al balcón y se retira al punto para desesperar al enamorado que la pretende.

El aire pasa. Al pasar besa la siempreviva, besa el lirio. Las dos flores le preguntan:

—¿Quién llora?

El aire se detiene... «Sí, están llorando... Vá á saberlo.» Sigue deslizándose; lo registra todo, acá y allá, las losas de las tumbas, las ramas de los sauces, las copas de los cipreses, las capillitas de cancelas doradas ó negras, las urnas de granito de los panteones... Detiéndose otra vez... escucha con más atención; oye los sollozos más cerca, avanza, avanza... ¡Ah!, ya sabe quien llora. Vuelve. El lirio y la siempreviva esperan ansiosos.

—¿Quién llora?—le preguntan.

Y Armental oye estremecido lo que el aire contesta:

—Es el amor.

Las campanillas blancas y azu-

les se cierran indiferentes, metiéndose en las bocas de los nichos. La estrella luce y se apaga y vuelve á lucir, como perfecto egoísta que se encoje de hombros. El amor sigue llorando. El lirio y la siempreviva le llaman. Se aproxima él y le preguntan:

—¿Por qué lloras?

—Por una virgen que ha muerto; por una virgen hermosa, alegría de la humanidad; era dulce, blanca, fresca su piel, brillantes sus ojos, encendida su boca... Amaba, amaba y murió.

El lirio dice vivamente:

—Devolvamos el sér á la virgen muerta. ¡Que ame como yo! ¡Que la amen como á mí!—Y

sonríe, mirando la estrella, que resplandece entonces.

El aire murmura algo al oído de la siempreviva; luego dice al amor:

—Yo entraré en sus pulmones para que respire de nuevo.

LA SIEMPREVIVA:—Yo me fundiré en su sangre y en su corazón para que viva siempre.

EL LIRIO:—Yo atraeré su espíritu con mi caricia para que se encarne otra vez en el cuerpo que abandonó.

EL AMOR:—Yo la besaré en la boca para que otra vez ame.

Allá ván, allá ván, buscando á la vírgen muerta.

Armental, que todo lo vé, que todo lo oye, murmura tembloroso:

—¡Ah, Dios mío!, ¿será eso posible? —Y vé que llegan á una tumba. Dentro de la tumba óyese un siniestro rumor. Pero no se detienen. El amor llama en la losa.

—Alejaos,—responden.

El amor dice:

—La primavera nace, rompe su botón, sonrío tímidamente, como niña que pronto será mujer; todo se engalana en honor suyo; el sol y la luna parecen nuevos, el aire es nuevo, la sangre nueva, el crespón verde que cubre los árboles, las flores, hasta el rocío, ese rocío del campo, lágrimas tal vez de dolor de la madre tierra, al sentir que se rompen sus entrañas para el alumbramiento

majestuoso de la virgen adorada de Abril. Si todo vive, si todo palpita con nuevo vigor y nuevo arranque, ¿por qué, decid, no brota de la tierra esa otra virgen por quien la humanidad llora, para que su corazón se estremezca de placer, con este grán himno á la vida que la naturaleza canta? ¿Para que su boca sonría? ¿Para que bese y la besen? ¿Para que ame y la amen?... ¿Por qué, en fin, intentais destruirla, si nunca ha de morir?

—Alejaos, alejaos, — repiten dentro.—Armental lo oye también, calenturiento, anhelante.

—¿Quiénes sois?, — pregunta el amor.

Y le contestan:

—Los grandes trabajadores.

—¿Y en qué trabajais?

—En la propagación del mundo y de la vida.

—¿Cómo?

—Destruyendo.

—¿Acaso para la propagación del mundo y de la vida hay otros que trabajen á más del amor? Salid á responderme, que es el amor quien os habla; quiero veros; quiero sentirlos. Salid.

Hay una pausa infinita: el amor siente de pronto frío glacial. Armental vé y oye estremecido de horror. La tumba está cubierta de gusanos, que han salido del fondo.

—¡Ah!,—dice el amor con repugnancia:—¡Sois vosotros!

—Nosotros, sí,—le replican.—
Aléjate, no nos interrumpas; tú creas; déjanos á nosotros destruir. La humanidad es una máquina que Dios solo hace mover; aunque te hablen mucho de la complicación de esa máquina, dúdalo; solo tiene dos ruedas; tú eres una; nosotros otra. Destruimos para que tú crees; creas para que nosotros destruyamos. Tú con tu hermosura y nosotros con nuestra fealdad, acaso ¿no somos una misma cosa? ¿Qué sería sin nosotros y sin tí de la armonía del universo?—El amor inclina la frente abatido. El lirio clama:

—¿Nada hay verdad entonces?
¿Y mi amor? ¿Y mi estrella?

Y los grandes trabajadores dicen:

—La única verdad somos nosotros... Tu estrella no es una estrella, es un fuego fátuo.

El lirio calla, pero el amor responde con voz tonante que vibra de indignación; con voz que llena el pecho de Armental de misteriosos resplandores:

—¡Viles! ¿Por qué os llamais la única verdad, cuando sois solamente encarnación de la codicia, la lujuria, la soberbia y cuantas pasiones mezquinas destruyen al humano para su castigo? ¿No hay algo más que está por encima de

vosotros y que no podeis destruir? La caridad, la pureza, que vienen conmigo, ¿no existen? ¿No existo yo tampoco? ¿Nos habeis destruido acaso? ¿Nos destruiréis algún día? Esa lógica miserable de la materia el amor la rechaza; vosotros destruiréis, pero yo no creo para que vosotros destruyais; mis creaciones son para algo más que para morir vilmente mordidas por vosotros, porque dejan al pasar gérmenes preciosos y fecundos que vosotros no alcanzais á definir. No nos alejamos; tenemos poder bastante para arrancar de esa tumba á nuestra virgen sin que la hayais manchado con vuestro aliento... Tantas veces co-

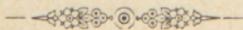
mo intentéis comprobar en ella el mito infame de que sois la verdad única, otras tantas, como ocurrió hasta hoy, como ocurrirá siempre, el amor, con la caridad y la pureza que le acompañan, vendrá á sacarla de su tumba, y la vereis resplandecer sobre vosotros, como una luz mística y radiosa.— Y Armental lo vé, lo vé tembloroso, estático, con recogimiento absoluto de su alma sorprendida y sollozante; vé que el amor rozla tumba con sus alas, que la tumba se abre, que la virgen misteriosa se levanta y como una luz celestial llena los espacios. Armental conoce á la virgen sin haberla visto nunca; sus labios

trémulos pronuncian su nombre. «¡Esperanza!» Lo vé, lo vé todavía. El amor besa en la boca á la virgen, y al rumor de este ósculo hierva la tierra como de ansiedad por el rocío de las nubes; el rocío cae, cruje el suelo reventando de savia; sus hondas grietas, calientes labios que abrió el amor para absorber el polen divino, que con el agua del cielo viene, ciérranse ansiosas; las flores palpitan y se estremecen de placer satisfecho; las hojas de los árboles se refrescan, se suavizan; los millones de átomos de las esferas chocan, se confunden, se abrazan: en la coyunda misteriosa, —¡Amor, amor!,—dice todo... To-

do tiembla, todo se dilata, todo suspira, todo sonríe... En el inmenso concertante de amor, en el desbordamiento sublime de todo que ama y de todo que se entrega y de todo que posee, destácase el ritmo siniestro de los grandes trabajadores que cantan á coro dentro de las tumbas: «¡A la obra! ¡A la obra!» Pero Armental no lo oye: asombrado, tembloroso, conmovido, oprimiéndose con las manos el corazón,—como si su corazón fuese otra tumba de donde fuera á salir' otra virgen que también estuvo allí muerta,—solo tiene ojos para seguir contemplando el cementerio; todo resplandece con extraño fulgor, todo se agita,

todo murmura á una vez una misma palabra, que está escrita con luz en los pedestales, en los brazos de las cruces, en las bocas abiertas de los sepulcros, en el agua serena de las fuentes, en los negros fondos de las criptas, en todas las lápidas de todos los nichos... Esta frase que repiten los cielos, la tierra, los espacios, el mundo todo, en una nota omnipotente y universal:

«¡Esperanza!»



XVII

El frío de la madrugada le obligó á dirigirse á Villa-Antonia. Iba con lentitud, profundamente reflexivo. «¿Fué todo una alucinación?» Esto preguntábase aquel candoroso sabio, aquel positivista, aquel filósofo de cerebro henchido de fantasmas.

«Pero ¿qué fué?» Tendía la vista alrededor, como invocando respuesta á su constante pregunta. Y mientras algún gnomo de los bosques salía quizás, á respon-

derle, avanzaba con lentitud, aspirando ansioso el perfume de la salvia y el tomillo. «¿Qué fué?» Y deteníase á contemplar curiosamente el gran espectáculo de una gota de rocío deslizándose por la hoja de una jara ó de una adelfa. «¿Qué fué?» Y parábase al borde de un torrente para ver absorto la extensión del mar, sin una vela, sin una barquilla, sin una nube de humo de la máquina de un vapor; aquel mar solitario y majestuoso, con toda la sublime grandeza del momento de la creación.

Nadie le respondía, pero al fin pudo comprender que la respuesta se la daba él mismo, en la absorción nunca sentida con que

admiraba aquel silencioso mar; en el deleite nunca disfrutado con que aspiraba el perfume resinoso del monte; en la emoción singularísima de su alma, al contemplar la gota de rocío resbalando por las hojas de las jaras y las adelfas. «¡Ah!, ¿esperaría también algo todo aquello?»

Detuvo un pie de repente, para no pisar una margarita, que apenas levantaba de la tierra. Quedó mirándola enternecido; estuvo á punto de preguntarle:— Margarita, margarita de hojas blancas y botón amarillo, ¿tú también esperas?

Quizás no se lo preguntó, porque le distrajo en tal punto una

voz que le llamaba desde lejos. Era una voz de mujer. Armental volvió la cabeza rápidamente: había conocido á quien le llamaba. Era Mary. Armental fué á su encuentro; uniéronse junto al pedrusco descomunal, torre encantada, en cuya cúspide tantas veces habíase entregado el amigo de Núñez de Hijosa á sus formidables fantasías.

Armental se aproximaba sonriendo; Mary notó la sonrisa. Le había visto muy pocas veces sonreír; de aquel modo, ninguna.

—Buenos días—dijo—tendiéndole la mano; desde allá, desde lo hondo, vengo asombrada.

—¿Y de qué, Mary?

—De verle á usted feliz; ya lo creo; es eso en usted tan raro, que se le distingue á gran distancia; hay que convencerse; todo llega en el mundo; hasta la felicidad de los sabios, que dicho sea entre nosotros, son los hombres más descontentadizos que Dios puso entre los humildes que no sabemos nada.

Reíase solapadamente la muy marrullera, viendo los ojos admirados de su amigo. Reíase y proseguía:

—Todo llega, señor de Armental; y lo que es para mí, si no la dicha, porque hace tiempo que está conmigo y yo la trato muy bién para que no se vaya, llegó

esta ocasión, que deseé como la misma felicidad puede desearse.

—No sé si soy dichoso—dijo Armental lentamente—pero creo ya que puede existir la dicha.

—Crear en la dicha—repuso Mary riéndose—es empezar á disfrutarla... Pero no me agradaría que todo lo que en esa cabeza de sabio se elabora, referente á la felicidad, resultara ficticio. Créame usted, Daniel; yo entiendo más que usted de eso.

—Se explica, Mary; la felicidad lleva á usted siempre cogida de la mano; por eso la conoce usted bién. Ciertamente,—añadió luego con tristeza,—yo no la conozco, y ahora que creo en ella, se me fi-

gura que vá á salirme al paso en todas partes; ahora mismo, al ver á usted, creí que usted me la traía.

Mary le miró compasivamente: le inspiraba piedad aquel atleta de musculatura poderosa y corazón de niño; aquel gigante, junto al cual su cuerpo diminuto tenía mucha relación, por el tamaño, con la margarita de hojas blancas y botón amarillo.

—¡Quién sabe!— dijo en voz temblorosa, pero queriendo dar á sus palabras la anterior ligereza. Sin embargo, antes de seguir quiero que usted me conteste: si yo le dijera que no soy madrugadora, y que madrugué tanto con la esperanza de encontrar á usted

solo y revelarles un secreto, ¿se sorprendería usted mucho?—Y reíase, con aquella risa de diablo revoltoso que tanto encantaba á los huéspedes de Villa-Antonia.

Armental quedó mirándola reflexivamente. Nunca como en tal ocasión parecióle Mary una de aquellas deliciosas florecillas, ornamento del campo, en Abril. Allí tenía á Mary, allí la tenía, con su cuerpo de niño proporcionado y harmónico, hasta el punto de cautivar como el de la hembra más gallarda, y su cabecita luminosa, de sedosos cabellos rubios recogidos sencillamente, de tez blanquísima con ligero matíz dorado, como las hojas de algu-

nas flores, de boca sonrosada y fresca, de dientes menudos, risilla burlona y ojos azules, hermosísimos, destellando vida é inteligencia. ¡Aquel primoroso botón de flor, era la esposa idolatrada de su amigo de la niñez!

Mary aguardó la respuesta, manteniendo su sonrisa, más triste ya que burlona, y echando la cabecita atrás para ver bién los ojos de su amigo, y por los ojos, las impresiones de su corazón. Transcurrida una pausa, que se prolongó demasiado quizás, iba Armental á responder, sin fijarse, porque había creído siempre que con el precioso *bibelot* de Villa-Antonia no era posible tratar asuntos se-

rios; pero acordándose de la actitud reservada de Mary, de su nerviosa locuacidad, la noche que quedaron en el salón con la señora de Trueba, de su repentino alejamiento del salón deshecha en llanto, repuso, mirándola fijamente:

—Y si yo le hiciera, á mi vez, otra pregunta ¿me contestaría usted sinceramente?

—Contestaría con toda mi alma.

—¿De veras, Mary?

Mary repitió con acento conmovido:

—Contestaría como contesta á su madre ó á su confesor una mujer cristiana.

—Gracias, Mary.—Y en un

arranque de efusión, el primero que tuvo con ella en su vida, estrechó sus manos con verdadera ternura.

—Pues bien, añadió ¿qué conducta es la que observa conmigo cierta bulliciosa personita, desde hace algún tiempo? ¿Qué le pasa? ¿Por qué la personita á quien aludo se fué llorando del salón la otra noche?

—Bien, muy bien,—exclamó ella animadamente; ya supe lo que me hice cuando ofrecí á usted contestarle con franqueza, sin vacilar; sospechaba que su pregunta y mi secreto iban á darse la mano, como buenos amigos... como usted dice que la felicidad

y yo vamos por el mundo. En resumen, señor de Armental: usted tiene la culpa de lo que á mí me pasa.

—¿Yo, Mary?

—Sí, usted... y no hay que mirar con esos ojos de sorpresa.

Armental la miraba confundido; sin saber por qué, le herían profundamente aquellas palabras al salir de los labios graciosos y juguetones de su amiga.

—¿Y bién?—interrogó con inquietud.

Pero Mary pareció haber perdido de pronto aquel ánimo que llevaba para confesar su secreto. Estaba confusa, como si no supiese qué decir. Su amigo esperó,

mirándola silencioso. Mary, muy pálida, con visible tristeza, preguntó otra vez, tendiendo el brazo hacia la altura y señalando la magnífica extensión:

—¿Qué vé usted allí, Daniel?

—El cielo, el cielo esplendoroso y alegre.

—Si usted creyera que en ese cielo está Dios,—como está sin duda y como sin duda usted lo cree,—y le afirmaran de pronto que allí no está Dios, ni aquel es el cielo, sino un precipicio espantoso, donde usted vá á caer y estrellarse ¿usted qué diría?

—Diría,—exclamó Armental riéndose,—lo que usted acaba de decir y lo que es preferible: que

allí no hay precipicio, que allí está Dios.

—No, no es eso—repuso Mary con impaciencia. ¿Creería usted que detrás de ese cielo que le sonríe puede estar la infamia para usted, el engaño, la deshonra y una muerte miserable, todo esto, en vez del Dios benigno y radioso que nos ama y nos protege?

La sorpresa de Armental fué más grande; había contestado hasta entonces como distraído; absorto en otras ideas y otros sentimientos en relación con las impresiones anteriormente experimentadas, era muy secundario para él todo lo demás: Quedó reflexivo un momento; pensaba en

cierta deliciosa virgen á quien el amor había resucitado la noche antes; pensaba en lo que podría influir aquella feliz resurrección en su futuro destino, miró con recelo á Mary, reflexionando que Mary entonces no era más que la duda, en aquellas horas, las primeras felices que había disfrutado en su vida, cuando también su pecho, como una tumba, estaba abriéndose para dar al mundo su virgen, y contestó sencillamente:

—Es muy original, Mary: usted es sensitiva, cristiana, la más adorable devota de todos los santos conocidos, me busca en *mi desierto* á mí, que jamás creí en nada, trayéndome la duda, quizás

en la hora más solemne de mi existencia de tribulaciones. En fin, Mary, añadió después con melancolía: cuando un hombre como yo empieza á creer á los cuarenta años, cree ya siempre y lo cree todo; por eso mismo, yo no creeré nunca que allá arriba haya nada que no sea lo infinito, y ya sabe usted que lo infinito es Dios.

—¿Es entonces que no me atreveré á decirlo?—murmuró Mary ahogadamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y quedó confusa, temblorosa, como tratando de vencer en una misteriosa batalla que con su corazón librase. Luego, cruzando las manos, exclamó

apasionadamente, como mira á la imagen de su culto un alma fervorosa:—¡Pero lo que tengo que decir á usted es una verdad tan grande como la existencia de ese Dios bueno que nos oye y nos mira!—Entonces, sin ser dueña de contenerse ya, prorrumpió en sollozos desconsoladísimos.

Armental, alarmado, procuró calmarla; ella consiguió dominarse; como si no tuviese tiempo que perder, iba á seguir en sus explicaciones, mas no pudo; ahogó una exclamación de rabia. Por un recodo próximo del camino apareció Núñez de Hijosa con algunos de sus huéspedes; entre ellos iba la señora de Trueba.

Nadie pudo advertir la mirada que se cruzó entre las dos mujeres, de cólera y desprecio por parte de Mary, de compasiva dulzura por la señora de Trueba. Núñez de Hijosa no habló: á su carácter leal le era imposible el disimulo; veíase que estaba sumamente contrariado. Habíanse detenido en la carretera; no hablaba nadie; la situación, con un segundo más, iba á ser ridícula. Armental, aturdido por lo que acababa de ocurrirle con Mary, por la presencia importuna de Núñez de Hijosa y los otros señores, y más que todo esto, por la aparición de la señora de Trueba, no era ciertamente, quien podía dar,

con una frase oportuna, otro giro á los pensamientos y á las palabras. Pero la señora de Trueba le sacó del apuro, hablando graciosamente con la jovialidad y discreción que la distinguían. Distrajo la atención de todos con ocurrencias muy felices, y luego explicó el motivo de aquel encuentro: «Iba á Medina-Jara, y los buenos amigos de Villa-Antonia, con el anfitrión al frente, la quisieron acompañar un poco por el camino; pero ya no consentía que anduviesen por su causa un solo paso: el coche la había seguido y estaba allí; iba á entrar para que sus amigos no siguieran acompañándola.

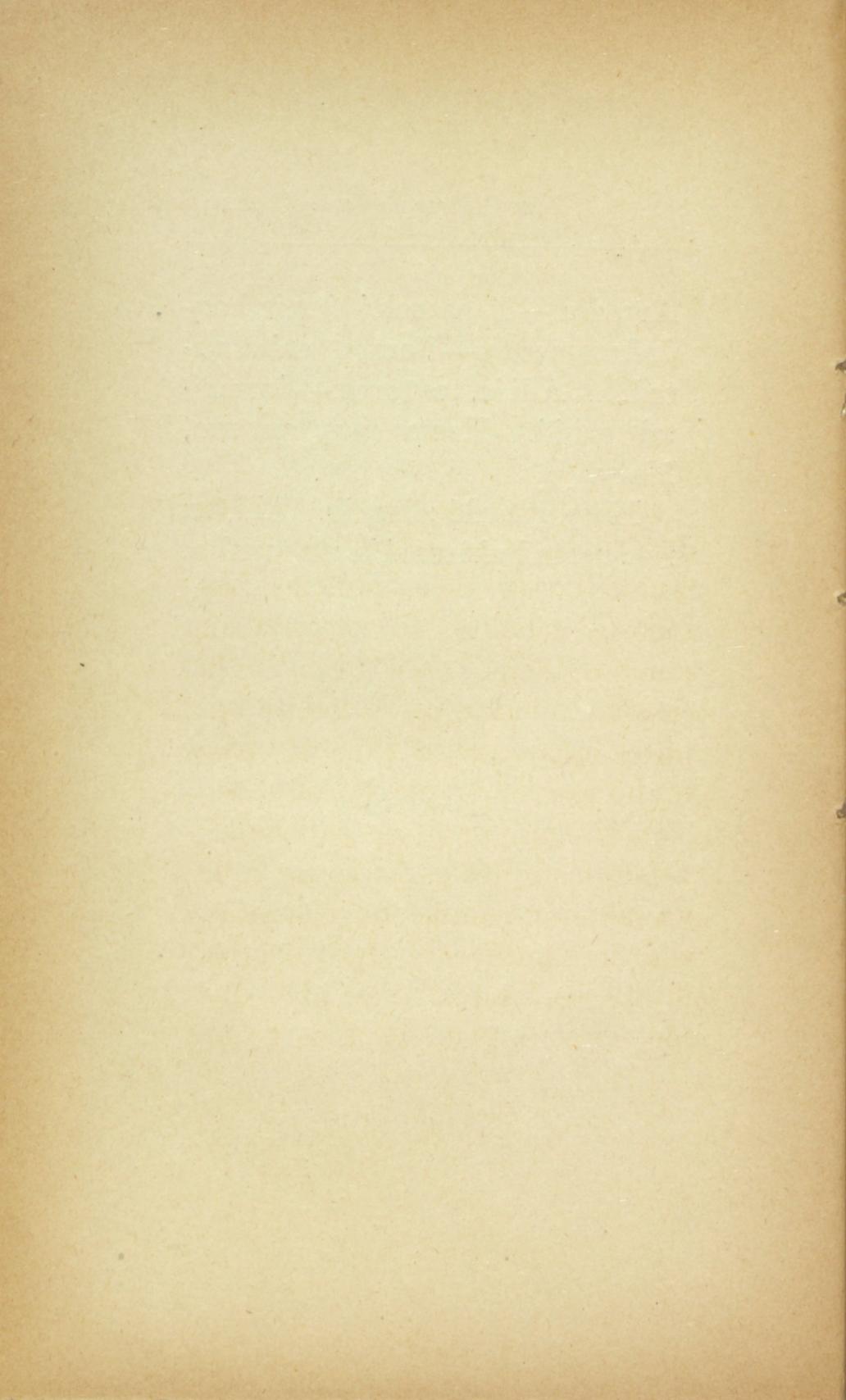
Adelantó el coche en esto: iban en él las niñas y la institutriz, una inglesa, larga, angosta, de ojos mortecinos, que se distraía grabando en los troncos de los árboles inscripciones de este jaéz: «Spain is not beautiful but wild.»

La señora de Trueba subió ligeramente sin detener su conversación amenísima.—Hay sitio para usted,—añadió de pronto, risueñamente, clavando en Armental su mirada poderosa.—Suba usted; nos dejará en casa y le llevarán al astillero; es un favor muy grande que le hago, porque es allí donde de veras le conviene estar, y no aquí componiendo églogas como un pastor de la

Arcadia.—Y se echó á reir bondadosamente.—Vamos, suba usted.... Adiós, señores.—Armental subió.—Hasta muy pronto, Mary.

Mary guardó silencio. ¡Ah!, su respuesta hubiera sido un insulto.





XVIII

De lo que hablaron la señora de Trueba y Armental en el carruaje no se tiene noticia. Los fogosos caballos no necesitaban mucho tiempo para llegar á la casa de ladrillos rojos; veinte minutos escasamente. Por otra parte, no es creible que la conversación tuviera nada de particular, yendo las niñas en el coche, que ya sabían quedarse muy atentas, con los hermosos ojos negros, muy fijos, cuando oían algo que mereciese la pena de oirse, y yen-

do, sobre todo, la institutriz larga y angosta, que se entretenía llenando los troncos de los árboles de luminosas y bien estudiadas inscripciones. Solo puede decirse que Armental saltó del carruaje de la señora de Trueba junto á la grán portada del astillero, y que en tal hora, aunque esto sea lo verdaderamente misterioso, no se acordaba de su conversación con Mary, ni de Mary, ni de lo que ocurrió siquiera en el camino de Villa-Antonia. Solo tenía pensamiento para la señora de Trueba, su hada brillantísima. Si para algo pensaba en Mary, era para dudar. Si pensaba siempre en la señora de Trueba, era para creer.

Y entre la fe y la duda, sin darse cuenta exacta de sus impresiones, dejó pasar los días; puedo decir que perdió la tranquilidad completamente, si tranquilidad podía llamarse la eterna batalla de su pensamiento desde hacía veinte años.

Sin consultar á nadie, sin precaver la importancia que tendría su nueva resolución, dentro del orden mismo de sus creencias, á las que daba así muy rudo golpe, consintió en que se hiciese una obra suya en el teatro más importante; sus amigos, porque tenía verdaderos amigos, aunque él los olvidase completamente en sus lamentaciones, no averiguaron el

por qué de aquella abdicación que hacía de sus más firmes propósitos. Cuando Armental tuvo ocasión de hablar nuevamente con la señora de Trueba, no aludió á tal asunto; ella tampoco se dió por entendida.

Grán ocasión presentábase para el estreno en Medina-Jara de una obra del poeta y á la ocasión se asieron inmediatamente; hubo conferencias y cabildeos; se acordó, por último, organizar una velada solemnísimá en honor del grán ingeniero y poeta insigne, la noche misma del día en que fuese botado el buque.

No pareció Armental una sola vez por Villa-Antonia; en el asti-

llero pasaba los días y las noches haciendo creer á los Núñez de Hijoza y creyendo él mismo en la absoluta imposibilidad de moverse de allí, pero sin darse explicación perfecta de sus sentimientos, sorprendido, absorto, deslumbrado por un sol brillantísimo, mucho más brillante que aquel sol de los cielos, luminar del mundo. Entretanto aproximábase el grán día: el astillero de Medina-Jara veíase constantemente favorecido por la multitud, que iba á contemplar con orgullo patrio aquel coloso del mar sostenido en la grada por un espeso bosque de puntales.

Pasaba Armental las noches

enteras vagando como una visión por aquellos sitios; la propia luz que parecía surgir de su sér mismo para iluminarle, hacía le olvidar las sombras y el silencio de la noche. Núñez de Hijosa y Mary le visitaron una mañana; conociendo Núñez de Hijosa el carácter de su amigo, achacaba su total ausencia de Villa-Antonia, más que á la precisión de estar perennemente en el astillero, á una de aquellas exacerbaciones de misantropía que le obligaban en realidad á rehuir el trato de sus semejantes; pero Núñez de Hijosa quedó muy sorprendido de la sonrisa afable de Armental y la prontitud con que les tendió

la mano. Los llevó por los talleres, les acompañó por todos los departamentos y les condujo, en fin, al buque en construcción. Núñez de Hijosa admirado, aunque conocía bien á su amigo, le oyó la más bella improvisación que produjo en su vida, al hablar del España; su rostro curtido, enérgico, animábase y adquiría una hermosura singular, que hubiera sorprendido á los huéspedes de Villa-Antonia; Mary, triste, pálida como una muerta, oíale en silencio. La actitud de Armental no le había producido, al parecer, sorpresa alguna. Pero al despedirse de él, al estrechar su mano, le arrancó palabra de que iría muy

pronto á Villa-Antonia, aquella misma tarde, á serle posible. Insistió Mary sobre esto de un modo extraño. Armental le ofreció ir, mirándola sorprendido.

Desde la puerta del arsenal vió alejarse rápidamente el coche que conducía á los Núñez de Hijosa. «¿Qué le pasaba á Mary?» ¡Ah, si Mary hubiera tenido valor para decirlo resueltamente!

Iba Núñez de Hijosa exponiendo á Mary su admiración por el fenómeno singular; no concluía de hacerse cruces; ¿qué transformación era aquella? ¿Cómo podía un hombre como Armental metamorfosearse así? Núñez de Hijosa no reconocía poder suficiente en

el mundo que lograrse conseguir esto, ni aún el poder del amor.

Mary, oyéndole, ahogó un suspiro, mirando á la vez al Guadalvo, como distraida. Núñez de Hijosa la miró entonces furtivamente, de un modo sombrío. Luego, antes que su mujer advirtiese aquella mirada, se echó á reir y siguió perorando sobre el mismo tema. Mary pareció volver á la realidad, cuando Núñez de Hijosa, mirándola con mucha atención, la propuso detener el coche junto á la casa de los señores de Trueba. Se negó vivamente, poniéndose muy encendida; su marido no insistió, pero quedó mirándola con tristeza.—No, decía

Mary, no quiero detenerme; estoy muy nerviosa.—En efecto, parecía indispuesta; su rostro fué tomando una palidez mortal. Entonces, como nunca, semejaba un lirio la pobre Mary.

—¿Qué tienes?—la preguntó Núñez de Hijosa, en voz ligeramente conmovida.

—Oh, nada, nada, repuso ella, sonriendo;—y sus hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas.

Núñez de Hijosa guardó silencio otra vez y quedó meditabundo. ¿Pensaba acaso aquel marido en la inestabilidad de los sentimientos y en lo efímero de las pasiones? ¡Pobre Mary! ¡Cuán poco tiempo hacía, ¡tres meses á lo

sumo!, que se asombraba al pensar que la pudiesen ver llorando! ¿No era Mary la que decía que fueran los desgraciados á reir con ella, porque ella no quería ir á llorar con los desgraciados?... ¿Por qué no decirlo? ¡Núñez de Hijosa estaba celoso! Celos terribles, crueles, celos de la criatura bondadosa á quien adoraba, á la que había dado su nombre y por quien hubiera dado su vida. Celos del amigo... del hermano generoso...

¿Y Armental? La visita de los Núñez de Hijosa le indujo á preocuparse nuevamente de la extraña actitud que Mary había adoptado para con él. Después de aquella mañana en que tan brus-

camente fueron interrumpidos, no había vuelto á hablar con ella. A saber Armental que Mary se resistía en aquel punto á ver á su amiga íntima, tal vez no lo extrañara. ¡Dios sabía, sin embargo, lo que hubiera podido ocurrir, si aquel gran talento de filósofo, de pensador, no hubiese tomado decididamente, como frivolidades, las observaciones, los sentimientos y aún las penas del lindo *bibelot*, á quien tenía como relegado, á pesar del dulce influjo que sobre él había ejercido y del tierno afecto que la profesaba.

Le extrañó mucho la insistencia de Mary en que fuese á Villa-

Antonia; sin arrepentirse de haberla ofrecido ir, olvidó bien pronto á sus amigos para volver á la preocupación honda, latente. «¡Su tierra y su buque!» Y detrás de aquellos grandes sentimientos había una visión que se le presentaba de noche allá en la proa del buque, sobre la enorme plancha de acero, abovedada y tersa como la frente de una virgen; una visión de cabeza espléndida y ojos negros de atracción poderosa; de sonrisa de santa y talle majestuoso, velado noblemente, allí, de pie, señalando á Medina-Jara con noble ademán, y diciéndole en tono misterioso:

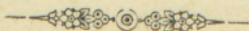
—¡Hé ahí tu pueblo; te ama; ámale!

¡Dulce, amorosa Hécuba!; tu voz sollozante y persuasiva cuando presentabas en tus brazos el hijo de tus entrañas al fiero contrincente del hijo de los dioses, no produciría seguramente tanta impresión como la que produjo aquella figura grandiosa de los sueños de Armental, al decirle que contemplase á su pueblo y que le amara.

¡Felices horas las que pasó en aquellas últimas noches de Marzo, discurriendo como otra visión, al rededor y bajo las bandas de su buque, entre aquel bosque de puntales que amarilleaban sinies-

tramente á la luz de la luna. Alentado siempre por aquella figura santa que su pensamiento veía allí como egida de su barco y de su vida, pensaba en el porvenir plácidamente, como Job, en el muladar, pudiera haber pensado en un lecho de rosas. «La botadura del «España» sería el triunfo más grande de su existencia de sabio; iba á ser allí, delante de su pueblo, rodeado de doscientos mil corazones que latirían de orgullo, contemplando su obra... De orgullo y admiración por otro hijo de Medina-Jara... ¡Por otro hermano!... ¡Oh!, sí, en adelante viviría bajo el mismo cielo que iluminó su frente al nacer; allí

viviría y moriría, rodeado de los suyos, con el respeto y la consideración de todos.» Y pensaba entonces de nuevo, con inquietud profunda, en la triste soledad de su gloria... «Aquella gloria por la que tanto había luchado, ¿qué era si se comparaba con un caliente rincón y la mirada de un hijo que nos sonríe en la cuna? ¡Ah gloria! ¡Cuánto haces padecer á los hombres, arrancándoles del corazón tiernas savias que solo fructifican en el caliente hogar junto á los séres amados!»



XIX

Las palabras de la señora de Trueba determinaron, como habeis visto, una grán crisis en la vida de este hombre: al principio no se dió cuenta exacta de ella; no hizo más que sentir sus impresiones, sin definirlas; pero lo vió, lo sintió, lo juzgó todo de otra forma, sin transición de ninguna clase; es un fenómeno extraño, pero comprensible y fatalmente lógico; cuanto más enérgico parezca un carácter, más fácil es para esas hondas y rápidas

sacudidas. Por eso, la primera, la gran sensación de Armental, era de asombro; parecíale que miraba, estupefacto, de repente, en su posición natural, lo que hasta entonces estuvo mirando invertido, confuso, como vemos los edificios, las flores, el cielo, nuestra propia imagen en el fondo de un lago, desde sus riberas.

Cumplió Armental su palabra; al día siguiente fué á Villa-Antonia; su amigo pareció alegrarse mucho; Armental estaba desconocido; era él, sí, su misma cara, sus mismos ojos, su mismo ademán; había un cambio solamente; el cambio que puede haber de una cabeza que se oculta en la

sombra, á esa misma cabeza iluminada por el sol; la sombra había pasado; la luz plena hacía destellar con vida misteriosa y potente los más insignificantes rasgos de su rostro; aquella luz era el alma de Armental resucitada. Solo Mary, aparte desde luego de la persona que ejerció en el hombre tan misterioso y brusco cambio, hubiera podido decir resueltamente, mejor que Núñez de Hijosa y que Armental mismo, lo que en el alma de Armental pasaba.

A poco de haber llegado, habló á Mary de la señora de Trueba. Estaban solos, de pie, junto á una mesita cargada de lindísimos *bi-*

belots, no tan lindos seguramente como la dueña de Villa-Antonia. Nadie los podía oír. Núñez de Hija era el único que hubiese podido verlos desde el vestíbulo, donde leía unas cartas que acabaron de entregarle; Mary parecía con grandes deseos de hablar; volvía y revolvía entre sus dedos con impaciencia un delicioso juguete que cogió poco antes de la mesita. Armental hablaba tranquilo, con la tranquilidad de un corazón rudo que nunca ocultó sus impresiones. «Había visto aquella mañana á la señora de Trueba. Al salir del astillero quiso ir á pie á Villa-Antonia; bajó por el Guadalvo hacia los puentes; al pasar

delante de la verja del jardín la vió entre unos arbustos... Precisamente la señora de Trueba iba también á Villa-Antonia aquella tarde.» De pronto detúvose Armental. El color había huido de las mejillas de Mary; quedó sorprendido, aterrado. Quiso hablar de otra cosa, pero no halló pensamientos ni frases para explicarlos; Mary había dejado caer el *bibelot* sobre la mesita; como si careciese de fuerzas habíase dejado caer también sobre un asiento. Núñez de Hijosa se aproximó entonces. No habló á Armental, no le miró, estaba muy pálido; miraba á Mary; Mary lloraba silenciosamente.

Núñez de Hijosa adoraba á su muñeca, como él la decía, y se llenó de inquietud; la interrogó, clavando en los ojos de Mary sus francos ojos hasta hundirle la mirada en el alma; y Mary, mientras sostenía aquella mirada sin ruborizarse, murmuró, sonriendo como un niño:

—Sí, te lo diré... Tendrás que saberlo todo.

Núñez de Hijosa pareció tranquilizarse con esto, y prosiguió después en su lectura, como si tal cosa hubiera sucedido. Aquella tranquilidad serenó también á Mary... ¿Hasta dónde hubiera llegado Armental en sus expansiones si no le detienen al fin

las lágrimas de Mary? Quedó muy confundido; aquella brusca interrupción le hizo pensar en ello; había hablado en cinco minutos, desde que llegó aquella mañana á Villa-Antonia, doble tal vez de lo que habló en todo el tiempo que estuvo en Villa-Antonia de huésped.

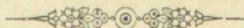
Mary siguió tranquila; se animó mucho; pareció volver de pronto á su alegría habitual; su marido paseábase por el salón fumando pensativamente. ¿Le haría pensar la súbita animación de Mary? Esta se sentó delante del piano; sin quererlo, ó intencionalmente, empezó á tocar como distraída, algo de lo que lograba

conmover el espíritu de Armental en no lejana época.

Armental se acercó á ella silenciosamente; por primera vez, sintió al pensar en Mary algo muy parecido al remordimiento. Le sonrojó pensarle; no podía apartar ya el nombre ni la imagen de la señora de Trueba de ningún pensamiento suyo, ni de ninguno de sus actos; no era su sonrojo porque asociara así este nombre y esta imagen á su vida y á su alma; era porque esa misma absorción de todas sus facultades morales y físicas, habíale hecho tal vez olvidar otros afectos puros. Comprendiendo que había correspondido torpemente á la

amistad lealísima de Mary, quería en aquel punto estar solícito con ella, afectuoso; temió con tristeza que aquella actitud de Mary fuese de resentimiento, y quiso probar que vivía en su alma siempre aquella ternura noble; pero al querer hablar notaba que toda su anterior elocuencia había desaparecido. Mary seguía tocando, y él fijaba con distracción los ojos en el mar, como si quisiera ir en pús de su pensamiento, aquel pensamiento que se alejaba todo lo posible de Mary para volver al jardín de la casa de ladrillos rojos, y acariciar blandamente con sus alas invisibles aquella hermosa figura, con su falda de

falla azul, muy oscura, su smoking de paño blanco finísimo y su frente egregia que resplandecía entre la llama formidable de los ojos y la sombría corona de cabellos.



XX

No olvidaría Armental un solo detalle; la señora de Trueba daba órdenes á su jardinero; le agradaba mucho tener tapizados de yedra los muros laterales del jardín; la verja solo existía en la parte que daba al río; esos muros y el fondo, aquel fondo, especie de átrio, en donde veíase la escalinata de piedra que daba acceso al edificio y sobre el cual abríanse algunos balcones, parecía todo cubierto por un mullido almoha-

dón de raso verde. La verja descansaba sobre el pretil, muro de altura regular y resistente, como para defender el jardín y la casa de las enormes arremetidas del Guadalvo.

Armental, al pie del muro, en el mismo lecho seco del río, y ella, asomada á la verja, cruzaron el primer saludo; la señora de Trueba, al momento, porque no titubeaba nunca, invitó á su amigo á que pasase á ver el jardín; se lo dijo á la vez riéndose; «aquello era extraoficial; tratábase solo del jardín, lo cual no era pecado, tratándose también de un poeta; el señor de Armental tomaría posesión de aquella casa, que era

de él, cuando el señor de Trueba estuviese allí para honrarle como correspondía. Afortunadamente, el señor de Trueba había anunciado ya su regreso, que iba á coincidir quizás con la botadura del «España.» Nada más gracioso, nada más digno, que aquella manera de excusarse por no recibirle en su casa aún. Armental, muy agradecido, creyó que no debía rechazar la invitación, sino agradecerla con toda su alma; expresó como pudo su gratitud en muy pocas frases, porque entre sus muchos defectos y aberraciones, poseía la cualidad santa de hablar poco, aunque esto para algunos fuese su defecto más grande.

Expresó su gratitud, y avanzando al pie del muro hasta la esquina, dobló á la izquierda para subir una pendiente suave, formada en aquel lugar por la orilla del río, que no estaba allí encajonado por los fuertes paredones; el agua subía con lentitud en las grandes avenidas, y el jardín de la señora de Trueba quedábase como un gigantesco *bouquet*, dentro de las turbias y turbulentas aguas que iban rodando al mar. Al final del suave y largo declive, volviendo también á la izquierda, estaba la fachada principal del edificio, en una calle, de cuyo nombre el autor no quiere hacer memoria; una calle adornada con

arbolillos enclenques, sin hojas en invierno ni en verano, árboles que componen el ornato oficial de Medina-Jara, troncos secos por lo tanto, lo que á nadie sorprende, porque es sabido que la administración pública en Medina-Jara, no dá, si no quita, tratándose de dinero, y no quita, si no dá, tratándose de males y deshonras.

No necesitó introductor; desde el zaguán lujosísimo vió allá, en el fondo, una figura luminosa, sobre la meseta de la escalinata que caía al jardín. Dejando á los lados los arranques de amplísimas escaleras que se juntaban en la altura para dar acceso al piso

superior, avanzó por una ancha galería decorada con ese lujo sencillo de las grandes casas, y pronto se halló junto á la señora de Trueba, que le alargó una mano sonriendo, mientras apoyaba con la otra dulcemente sobre su falda la cabecita morena de una de sus hijas.

Entró en el jardín; nada de esos escuetos primores de jardinería inglesa; aquello no era un jardín inglés, ni un jardín español tampoco; era más bién lo que se llama un patio andaluz, con flores de todas clases, que centelleaban, heridas francamente por el sol. Se lo oyó decir Armental á la señora de Trueba: «aquel

jardín era su debilidad; tenían que perdonarla todo cuanto por él hiciese; adoraba los contrastes, y cuando más orgullo sentía de su jardín, era cuando el río deslizábase aterrador y rugiente, junto á él, en sus grandes horas, con la amenaza de arrancarlo todo de raíz á un solo golpe. Pero no lo consiguió nunca; algunos días, el río, engrosado ferozmente, como si todas las aguas del mundo se hubieran juntado en su empeño de llevarse su jardín al mar, fué subiendo, subiendo, se levantaba con traidora lentitud, como vá la hiena aproximándose á la carne para medir seguramente su primer salto; subía con horrorosa

lentitud hasta tocar ya el borde del muro, donde la verja sustentábase. Solo una vez estuvo el Guadalvo para ganar el altísimo pretil, para rebasarle, para entrar como enemigo feroz que abre al fin brecha en una torre y se arroja á ella, con salvaje ímpetu, arrollándolo y destruyéndolo todo; algunas líneas faltaron solamente para que el agua rebosase y cayera en el jardín. ¡Oh triunfo!, no lo consiguió. Inmóvil, rígida sobre el pretil, cogiéndose á un balaustre, sintiendo casi en sus piés la baba fría del mónstruo, ella le vió subir lentamente, bajar después humillado de su impotencia, y rodar en giros espanto-

sos, atronantes, como con desquiciamiento de mundos, sin que una gota siquiera de aquel agua de lívidas espumas, hubiese podido salpicar un tallo de la más insignificante de sus flores.»

Hablando así, su rostro, ligeramente moreno, de rasgos armoniosos, había enrojecido; su nariz dilatábase como al malestar de no satisfechas ansias, y sus ojos ardían, resplandecían de fiebre, pareciendo, como los de Caronte, circuidos de fuego. Armental oíala transportado de admiración; todo aquello no le parecía una prueba de extravagancia singularísima, como tal vez en otra ocasión hubiese creído; no le parecía

tampoco un síntoma de la más extraña locura que los frenólogos hubieran podido hallar; le parecieron rasgos de un carácter fuerte como el suyo y capaz para la lucha.

Sentíase dominado de profundo respeto; todo cuanto en la señora de Trueba viese y observase, tendría que ser necesariamente para arraigar la idea que de esta superioridad había formado. Oyéndola hablar del río, acordábase de aquella noche en que, por vez primera y única, la oyó tocar en el salón de Villa-Antonia, allí, donde Mary estaba tocando mientras él soñaba en todo esto, y donde él estaba, parecien-

do también que oía á Mary, pero acordándose solamente de la señora de Trueba, del río, del jardín, de la casa de la señora de Trueba y de la entrevista que con la señora de Trueba tuvo aquella mañana antes de llegar á Villa-Antonia.

«La señora de Trueba había vuelto inmediatamente á su habitual placidez, que llenaba el alma, como un buen rayo de sol en los días tristes, y se echó á reir, disculpando humorísticamente el haberse dejado arrastrar de aquel arranque lírico; fué esa su expresión: «Lírico»: la empleó ruborizándose.

Salieron de pronto las niñas

con atronadora algazara, de un cenador inmediato y corrieron hacia ella, mirando á Armental fijamente, con sus ojos de un negro intenso, como los de la madre; aquellas alegres figurillas de sin igual viveza, apoyándose confiadamente en la noble mujer, hacían en Armental un efecto inexplicable de consoladora ternura. La señora de Trueba, como si comprendiese lo que en el corazón de Armental sucedía, le miró sonriendo y acarició las adoradas cabecitas morenas; él sintió un ansia mortal de cubrir de besos aquella mano acariciadora.

Las niñas alejéronse nuevamente con la misma algazara; co-

rrían rojas de placer, chispeantes las pupilas de salud. Un hálito fresco penetró en los pulmones de Armental; los árboles sombreaban el jardín; sus anchas copas le parecían un solio de esperanza y amor.

Cambió de giro el pensamiento de la señora de Trueba; había asunto á mano: la botadura del buque y la función teatral en honor del ingeniero; «precisamente el señor de Trueba regresaba ya de su largo viaje y tendría ella grán placer en que su marido y Armental se conociesen.» Armental no respondía; su confusión era visible; poco amigo del trato social, suponía un esfuerzo muy

grande en él avenirse á ciertas exhibiciones; estaba seguro; detrás de la presentación del señor de Trueba vendrían otras presentaciones; presentía el plán; recordaba lo que le dijo aquella tarde que jamás olvidaría; «iba á ser su Asmodeo»; seguramente no empezó la tarea ya por no haber regresado su marido todavía; era indispensable la presencia del dueño de la casa para que la señora de Trueba invitase á sus amigos. «En una sola noche podría conocer Armental á todo el mundo; no era esto solo, ni lo más importante; le conocerían á él también. El pretexto para esta grán reunión ya lo sabía ella; no

era un pretexto á decir verdad; era un motivo, un verdadero motivo. Ya hablarían de aquello más tarde; aquel mismo día quizás, en Villa-Antonia; precisamente, iba también la señora de Trueba á Villa-Antonia aquella tarde.....»

Mary dejó de tocar bruscamente; esto solo pudo hacer salir á su amigo de tan grán abstracción; al darse cuenta de que estuvo al lado de Mary, sin pensar en ella ni en lo que hacía, cuando su intención era otra sin duda, se avergonzó de su proceder; quiso excusarse, pero su excusa fué un ensayo desdichadísimo; ella no le dejó terminar; como si comprendiese los apuros de su amigo y le

lastimasen, le tendió la mano con su aire infantil y risueño de siempre, cuando hablaba con él, aunque su alegría pareciera un poco forzada..... Por una especie de intuición que nada tenía que ver con su profunda ciencia, hizo Armental memoria en aquel punto, de lo que Mary le dijo la mañana del encuentro; no olvidó un detalle; lo unió todo á la actitud anterior de la mujer de Núñez de Hijosa, á su singular explosión de sollozos, la noche que se retiró del salón brusca-mente, á sus reticencias, el día que se encontraron en las inmediaciones de Villa-Antonia, á la escena no menos extraña, que

había desarrollado en aquel salón mismo hacía un cuarto de hora, y el profundo pensador pensó por vez primera, que tal vez el espíritu de Mary podría estar trabajado por alguna misteriosa pesadumbre. Entonces, un estremecimiento terrible sacudió su cuerpo, como el león que reposa en su cueva, se estremece al presentir la próxima acometida de un poderoso enemigo. Sin analizar aquellas sensaciones de su alma, las presintió, y estuvo á punto de romper al pensar-lo en estrambótica risa. ¡Un enemigo en Mary!» Pero por una inspiración feliz, él, que hasta entonces no había dado valor nin-

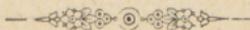
guno á nada de lo que de Mary proviniera, por haberla conceptualado siempre como un encantador muñeco de resortes de risa, quiso tener á toda costa la explicación de aquello, y resolvió interrogarla de repente. Por otro fenómeno inexplicable, al decidirse á interrogarla, se apoderó de él un terror profundo; aunque desorientado por completo, este mismo terror impidióle retroceder, por su sabia teoría de que, el hombre que pretenda salir vencedor en todo, tiene que empezar por vencerse á sí mismo.

—Y bién, Mary,—díjola resueltamente; ahora vamos á explicarnos; ya sabe usted á lo que aludo.

—No, ahora no,—murmuró ella muy confundida, dirigiendo una mirada singular á Núñez de Hijosa, que seguía paseando pensativo en el otro extremo del salón.

Armental la miró con sorpresa. Mary retiró suavemente su mano temblorosa y dijo con grán agitación:

—Ahora no; esta tarde ó esta noche.



XXI

Después del almuerzo se retiró Armental á su cuarto. A la sorpresa que le produjo Mary con sus fugitivas palabras, había sucedido una grán inquietud; no iba ya tan regocijado su pensamiento con las hermosas alas abiertas á girar invisible alrededor de la escultura del jardín, á orillas del Guadalvo. Turbaba aquel regocijo la imagen triste de Mary.

Intentó leer para distraerse y no pudo. ¿Qué le tendría que de-

cir? De vez en cuando la dulce y desolada figurilla desvanecía, y el pensamiento potente se desbordaba hacia el imán que le atraía desde las flores y las yedras del jardín de la casa roja. «También la señora de Trueba le dijo que tenían que hablar aquella tarde ó aquella noche.»

Arrojó el libro; se echó en la cama; cerró los ojos; no era para dormir; seguramente, no dormiría, aunque pasó la noche en vela; cerró los ojos para pensar en un párrafo de aquel libro, el único en que había podido fijarse desde que empezó la lectura. ¡Hablaban de amor aquel párrafo! «¿Qué entendía él de aquello? En sus

grandes concepciones para la escena, había pintado el amor muchas veces. ¡Estúpida muchedumbre! ¿Cómo pudo aplaudir aquellas escenas de amor que él no sabía pintar, porque no las había sentido ni entendido nunca?...» Y se lo preguntó de pronto, incorporándose vivamente: «¿Por qué abrigaba ahora el convencimiento de que entonces, cuando forjó aquellos arranques de amor apasionadísimo, no sabía lo que el amor era? ¿Qué convicción era la suya? ¿Qué maestros había tenido? ¿En qué fuentes de divina ciencia pudo beber?» Sin contestar su pensamiento á su pensamiento, sin decisión, sin

fuerzas, se recostó nuevamente, como si la sangre toda la hubiese vertido por cien misteriosas heridas que en su carne abrieran á la vez. Y al echarse, al cerrar los ojos, vió surgir con lentitud en la obscuridad dos cabezas juntas, de contraste maravilloso y de belleza infinita. «¡Aquel lirio al borde de aquel abismo!»

Se levantó impaciente. «¿Qué visiones estrambóticas le asaltaban? Mary jamás se le había aparecido así.» No pensó en aquel punto que la señora de Trueba se le estaba apareciendo siempre, ya en las noches silenciosas en la playa, ya en sus solitarios paseos por el campo, ora sobre aquel

peñón, desde cuya altura tantas veces había contemplado la ciudad adorada, haciéndose la ilusión, para ahondar más su herida, de que aquellos doscientos mil corazones eran un solo corazón rebosando cóleras contra él.

Salió de la casa é internóse en el bosque; vagó á la ventura; subió después á su roca; le parecían otros aquellos lugares que tantas veces había recorrido, como si no los hubiera contemplado nunca. Verdaderamente ¿no era todo nuevo en su existencia, nuevo aquel mar que se extendía á sus piés, como una esmeralda inmensa y límpida como el cielo, nueva aquella ciudad, nuevas sus torres,

nuevos sus tejadillos llenos de verdín, nuevas sus plazoletas animadas por la multitud, con su caserío desigual y abigarrado, nuevos sus séres, aquellos nobles séres, á los que había herido, creyéndoles con alma bastante dura para herirle, nuevos, en fín, aquellos campos, aquellas flores, aquellas brisas embriagadoras de la primavera, virgen adoradora de Abril?

Estaba todavía sobre la cúspide del peñón, como si fuese él mismo su estatua vaciada en bronce, á la que ya hubieran colocado en el pedestal. Llamó su atención un carruaje, allá, lejos, en el camino. El carruaje avanza-

ba rápidamente; acortó el paso el magnífico tronco, cuando iba el coche llegando á la roca. Se acercó Armental, y sus ojos encontraronse con los de la señora de Trueba, que parecían buscarle ya desde el interior. Bajó la señora de Trueba y la acompañó Armental hasta Villa-Antonia; era corto el trayecto y apenas hablaron; ella estaba pensativa; él conmovido, inquieto; algo parecía flotar alrededor suyo, una voz misteriosa que le cantaba al oído mil endechas de sin igual acorde; un suave aletear rozaba su frente, y en el plácido delirio creía que aquel suave aletear era la mano de Dios que bajaba hasta él, y aquellos

acordes la voz de Dios, diciendo:
—Hé aquí mi elegido.

Había pocos huéspedes en Villa-Antonia; estaban en el vestíbulo satisfechos de la vida, cuyos horrores recordaban, sonriendo con seráfica placidez en aquella tarde espléndida de Abril. La dueña de Villa-Antonia, bellísima, espiritual como nunca, con su traje blanco y sus cabellos rubios, que la hacían aparecer más niña de lo que era, y su candor y su flexibilidad de verdadera niña, estaba allí también, muy risueña y muy pálida... alegre y sin color, como si su cara y su risa hiciesen todo lo posible por engañarse la una á la otra. El marido, sin ha-

ber desechado las preocupaciones que le combatían, desde aquella mañana muy particularmente, guardaba silencio, contemplando el mar, extendido, como una laguna de horizontes sin fin, en cuya superficie, como si fuera realmente de cristal finísimo, deslizábanse las lanchas pescadoras, con sus velas diminutas, como trineos microscópicos, corriendo sobre railes invisibles tendidos por la llanura azul.

Acogieron á la señora de Trueba con grandes manifestaciones de amistad; con estas manifestaciones nadie advirtió que Mary había callado súbitamente al ver á su amiga, y que no se aproxi-

mó á ella con la prontitud que correspondía al gran cariño que siempre las unió.

Nadie pareció entonces con deseos de hablar, pero la señora de Trueba tuvo conversación para todos. Oyendo á la señora de Trueba, Núñez de Hijosa miraba á su mujer singularmente; Mary observó estremeciéndose esta mirada interrogadora y sombría, y su turbación fué visible; llegó hasta ella entonces Núñez de Hijosa, y la habló muy tranquilo; ella se repuso en el acto y le envolvió en una mirada tierna de gratitud, que Núñez de Hijosa no quiso ó no pudo advertir.

Llegó la hora de la comida. La

señora de Trueba no se sentó esta vez junto á Armental; no le habló, no le miró en toda la tarde, ni aun demostró conocerle; hablaba con una animación poco usual en ella; esta alegría fué achacada por los comensales al inmediato regreso de su marido.

Armental guardó silencio también; esta novedad no extrañó á nadie. No habló ni miró á nadie tampoco.

No hubo sobremesa; al levantarse los huéspedes halló Mary ocasión de decir algo á Armental en voz muy baja. No sé si Armental reparó en ello; pero temblaba la voz de Mary y ella misma temblaba también, como si mu-

riese de frío. No pudieron oír la señora de Trueba ni Núñez de Hijosa lo que Mary habló al oído casi de Armental, pero era imposible que pasase desapercibido para ninguno; Mary le había hablado en secreto. La mirada casta de Mary, su frente serena, su ademán infantil, podrían no hacer pensar de ningún modo en el delito; pero su voz, sin embargo, fué baja y temblorosa y, al hablar, había mirado furtivamente á todas partes, con terror, temiendo sin duda que la observaran.

Núñez de Hijosa y la señora de Trueba no pudieron oírla, pero Armental la oyó muy bién. Mary «tenía necesidad absoluta de ha-

blarle á solas.» Se sorprendió tanto Armental, como si en aquel punto hubiese tenido noticia por primera vez del deseo de Mary. No hay que olvidarlo; entre el Universo y este hombre estaba la señora de Trueba, Dios colosal, grande, más aún que el mismo Universo.

«¿Y qué haría él? ¿Cómo, dónde celebrarían aquella entrevista?» Era imposible alejarse de Villa-Antonia; la noche empezaba ya; en el vestíbulo no podía ser; en el jardín tampoco; uno y otro lugar hallábase siempre muy concurrido; en estas dudas, poco dudo también en intrigas femeniles, se cansó pronto de discurrir

y aproximóse á la ventana del salón que caía al mar, aquella ventana donde tan distintas impresiones había recibido en horas más tristes para él, sin que él mismo pudiese definir por qué las horas actuales le parecían más alegres. Esperó con inquietud contemplando aquel mar hermano, fiel remedo de su carácter, de rudas alternativas, ora tempestuoso, ya dulce y triste. No esperó mucho; oyó el roce de un vestido. Allá, en la terraza, oíanse distintamente algunas voces, destacándose las de Núñez de Hija y la señora de Trueba.

Era la hora del crepúsculo: las estrellas empezaban á llenar el

cielo; el mar, silencioso é inmóvil, parecía un grán señor oriental tendido en la arena esperando soñolientamente lo que la fatalidad determinase. La grán ciudad de Medina-Jara es una ciudad andaluza, y el mar, los hombres, las mujeres, el cielo, el campo, las flores, todo, en fín, lleva ese sello de soñolencia y dulzura que nos hace pensar en la muerte, como en la prolongación de un sueño venturoso.

Estaban juntos; sentía Armental el aliento agitado de la mujer, como antes había sentido el roce de su falda y sus pasos-menudos. Habíase aproximado á él y quedó un instante silenciosa, como si

una grán lucha se libraba en su alma: estaba temblando como si fuese á cometer un crimen ó estuviera cometiéndolo. A la escasa luz parecióle á Armental aquel rostro como demudado por el dolor y la vergüenza. Esperó febril, fija en ella la mirada, con vago terror, como presintiendo la noticia de una catástrofe. Mary empezó á llorar silenciosamente, de la misma manera silenciosa que aquel mar arrojaba sus olas á la playa. Cogió Armental sus manos, como si hubiera querido consolar á un fiel amigo en el momento de su dolor más grande, y díjola en voz dulce, tan dulce, que nunca se hubiera esperado de

un temperamento brusco como aquel:

—¡Mary!

Mary entonces reprimió sus lágrimas, y exclamó retirando suavemente sus manos, que abrazaban, como si la matase la calentura:

—Por Dios, Daniel; mire usted lo que hace; usted es hombre de corazón y de talento; mire usted lo que hace...—Ahogó una exclamación y no pudo seguir; había sentido el roce de una falda como antes Armental había sentido la de ella; sentía pasos también de andar firme; una sombra deslizábase rápidamente por el salón, aproximándose á ellos. Armental

adivinó quién era mucho antes de haberla visto; aunque tuvo su atención puesta en Mary, no había dejado de oír, mientras hablaban, á la señora de Trueba y Núñez de Hijosa; hacía un instante que todo había quedado en silencio, y Armental presintió inmediatamente á la señora de Trueba allí, donde estaba él. No le dolía su presencia, pero sí que hubiese sorprendido aquel dolor misterioso de Mary. Pensando esto Armental, aproximóse la señora de Trueba.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia!,
—repetía Mary en tanto...—¡No,
no, imposible!

Si descubrió la señora de True-

ba algo en Mary, tuvo la discreción de no darlo á entender; pero Mary no pudo disimular ó no quiso, y clavó en ella una mirada desembozadamente provocativa, como de irritación y reproche. La señora no pareció observarlo, y los envolvió á su vez en otra mirada profunda, con indefinible expresión de sobresalto é inquietud. Todo esto desapareció al punto, pareciendo tranquilizarse. Pero la exaltación, la contrariedad, el enojo de Mary iban en aumento.

Recobrada la tranquilidad por la creencia tal vez de que había pasado ya algún peligro que presintió, el aire de la señora de

Trueba no pudo ser más sereno ni más noble. Se sorprendió mucho de aquella actitud de Mary; como si temiese haber sido importuna, quiso retroceder, salir del salón, pero Armental se apresuró á detenerla.

—Que se quede, sí, yo me iré,—exclamó Mary con profundo desprecio. Y en sus ojos ardían lágrimas de dolor y cólera.

—Mary,—repuso su amiga, ahogando un grito de asombro.

Mary guardó silencio: contuvo su cólera, contuvo sus lágrimas. Con una sangre fría, con una dignidad sorprendentes en aquel cuerpecillo de flor, alejóse de allí, mirando antes de abajo arri-

ba á la señora de Trueba, como una verdadera grán señora podría mirar á un sér indigno, á quien, por evitar un escándalo, no arroja de su casa.

Se alejó de allí. Iba á su cuarto; quería calmar un poco sus ideas antes de exponerse á la mirada escudriñadora de su marido. ¡Era de él de quien más se ocultaba! ¡Era á él á quien más temía! Deslizóse en la semiobscuridad como la figura de un sueño, sin que se sintiese siquiera el rumor de su falda. Cerca ya de su cuarto, empezó á respirar con algún desahogo. «¡No la había visto! ¡Con un minuto le bastaría para serenarse... Solo con un minuto...

Pero á solas... completamente á solas!»

Iba á entrar... y se le heló la sangre de terror, al sentirse cogida fuertemente de un brazo. «Reconoció á su marido sin mirarle. Era él; era Núñez de Hijosa.»

Quedó inmóvil, aterrada, fría, como si en tal punto hubiese empezado á comprender las agonías del corazón de aquel hombre.

—Vén,—dijo él, en voz sorda, sin soltarla.—Vén.

Mary no contestó; no hubiera podido. Dejábase conducir sin pretender desasirse de aquella mano que la oprimía como una argolla de hierro.

—No, ahí no,—repetía él con

extravío;—nos oirían, y no quiero que nos oigan... ¡Tenemos tanto de qué hablar!—Y tirando de ella, hacíala descender rápidamente por un sendero inclinadísimo, erizado de pedruscos. No se dió cuenta Mary del tiempo que emplearon en bajar. Se vió de pronto sobre una inmensa roca que batía el agua tristemente.

Nadie los hubiera podido sorprender, ni aun en pleno día; nadie hubiera podido oírles.

—Aquí,—decía Núñez de Hija;—que el mar nos escuche, el mar solamente; no le hace. Ni el cielo ni la tierra... Aquí, sobre esta roca, al borde de ese mar, fiel guardador de tantas desven-

turas.—Y su voz parecía desgarrada entonces por la cólera y los sollozos.

—¿No lo sabes?—añadió de repente, cogiéndola en los brazos y estrechándola sobre su corazón hasta parecer que la ahogaba.—¿No sabes que perdí la paz? ¿Que perdí el amor á la vida? ¿Que espero que hables y que espero en vano? ¿Que te veo sufrir y me figuro que lo que te hace sufrir es el amor de otro hombre?

Mary lanzó un grito inmenso de agonía. — ¡Ah!, — prorrumpió fieramente, queriéndose desprender de Núñez de Hiosa.—¿Tú? ¿Lo dijistes tú? ¿Salieron de tu boca esas palabras?— Consiguió

soltarse y, rápida como el rayo, se lanzó al mar.

¿Fué el instinto lo que hizo adivinar á Núñez de Hijosa la acción de su mujer y prevenirse sin saberlo para evitarla? Se avallanzó á ella rudamente y retúvola por milagro.

—No, todavía no,—dijo después con menos dureza.

Pero Mary no parecía oírle; inclinó la frente sobre el pecho de su marido y lloró en silencio. Él no la rechazó, no pudo. Estaba profundamente afectado. Una dulzura inefable, sin explicación, había sucedido de pronto á su anterior desconsuelo. Ella habló entonces, bajo, muy bajo. «Le pi-

dió perdón; había intentado matarse al saber que su marido dudaba de ella... ¡Ah, no, no quería morir! La muerte la hubiera condenado en vez de justificarla... Pero ¿por qué?... ¿Por qué aquella duda? Pues bién: iba á confesarse con su marido.» Y siguió hablando, quedo, muy quedo, confundiéndose el susurro clamoroso de su voz con el otro susurro del mar, aquel mar que batía melancólicamente las rocas, como acompañando con sus dulces himnos el acento de la sinceridad y la inocencia.

Calló Mary de pronto, y dejóse caer desfallecida en los brazos de su marido. Él la besó en la fren-

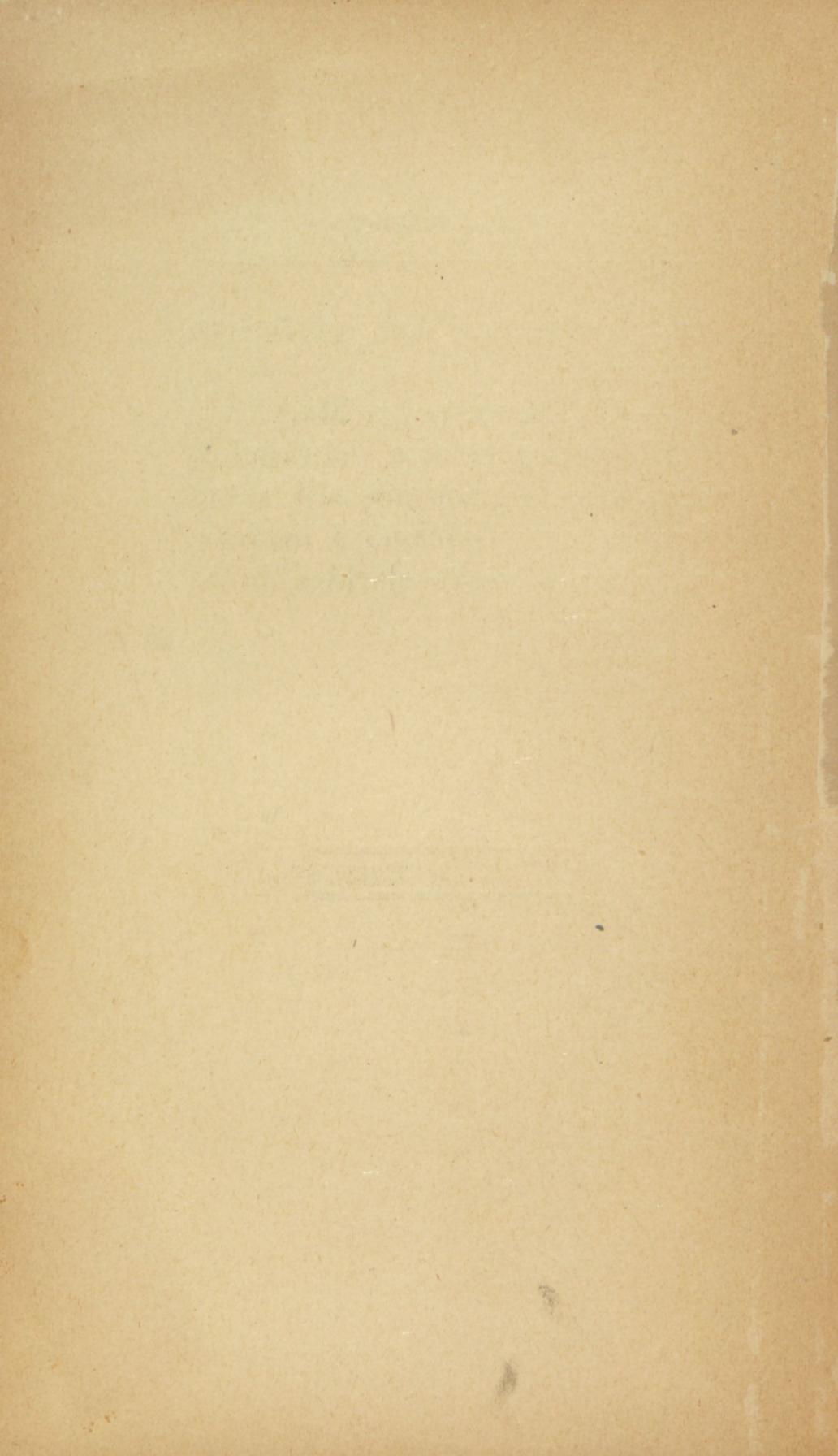


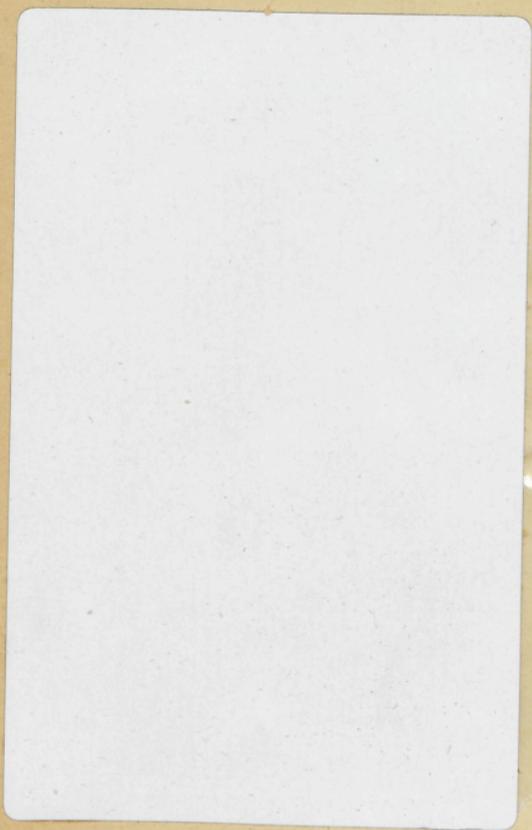
te, y murmuró con misteriosa ternura:

—¡Oh, Mary, pobre Mary!

Y permanecieron abrazados, inmóviles, silenciosos, allí, sobre la roca, con el abismo á los piés, y arriba, la suave claridad de las estrellas.

FÍN DEL TOMO PRIMERO.





OBRAS DE MARTINEZ BARRIONUEVO.

	PESETAS
La Generala	3
La Quintañones	4
El Padre Eterno	4
Señores de Saldivar.—Tomo I	3
Señores de Saldivar.—Tomo II.	3
Juanela.	3
De pura sangre.	3'50
Venta de hijos	3'50
Misericordia	3
Filigrana	3
Guerras pasadas	3
Andaluza	3
El gran pecado.	3
El contrabandista	2
Andalucía.—Edición monumental.—80 cuadernos á peseta	80
Barcelona pintoresca.—Edición monumental	25
Un libro funesto	1
Amar á Dios	1'50
No jurar	1'50
Santificar las fiestas	1'50
Honrar padre y madre	1'50
No matar	1'50
No fornicar	1'50
No hurtar	1'50
El falso testimonio	1'50
La mujer ajena.	1'50
Los bienes ajenos	1'50
El buque de combate.—Tomo I.	3
El buque de combate.—Tomo II	3